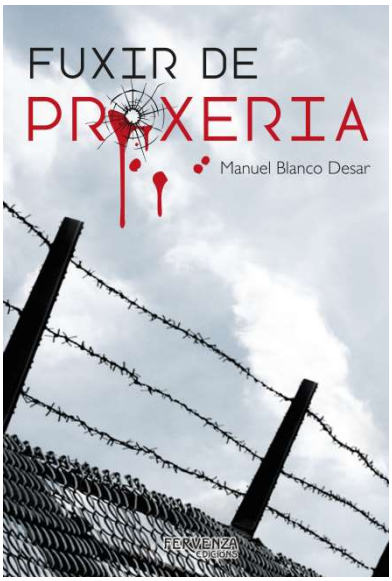
Huir de Progeria

Manuel Blanco Desar

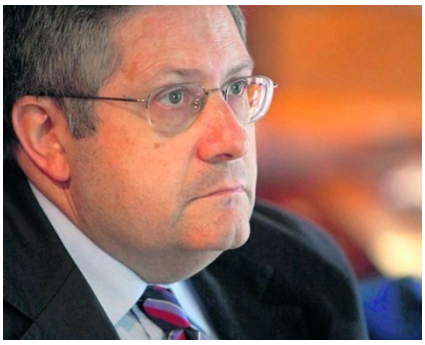


Huir de Progeria

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución fijada en cualquier clase de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Manuel Blanco *Desar* (& JMBG), 2020.



Manuel Blanco *Desar* (Santiago de Compostela - Sar, 1965), heterónimo de José Manuel Blanco González, es economista, politólogo y jurista, especializado en asuntos internacionales, derecho de la competencia y políticas públicas europeas. Además, ha sido Presidente de la *Asociación Federalista €uropea* (*AF€*).

Entre otros galardones literarios, obtuvo el premio *San Clemente* de relatos (USC). Fue colaborador y articulista de Diario 16, Atlántico Diario y La Voz de Galicia, donde mantuvo la columna "*El síndrome G*", en la que trató durante largo tiempo los problemas demográficos de Galicia, España y Europa.

En 2019 publicó "*Fuxir de Proxeria*" (Fervenza edicións), de la que esta novela -que aquí se presenta en español- es traducción y adaptación, así como antes otras obras literarias en gallego, entre las que destaca "*Historias económicas*" (Sotelo Ed.)

También es autor de diversos ensayos sobre la materia, como "*El Problema Occidental*" –'*The Problem of the West*'-, firmada con su heterónimo *Mel Desar* (Brinte, 2007). Más recientemente presentó su obra más vívida, "*Una sociedad sin hijos. El declive demográfico y sus implicaciones*" (ED Libros, Barcelona 2018).

Crecía tanta hierba en la fachada de la catedral que si las cabras pudiesen trepar hasta allí bastaría para mantener a un buen número de ellas. No daba muy buena impresión, pero las urgencias eran otras, comenzando por el cuidado de la inmensa población senil, que era la mayoría social del país. ¿Cómo invertir en la catedral si apenas quedaban recursos para rehacer un mísero hospital? Poco importaba que esa catedral fuese una de las primeras industrias del lugar. Además, así, vencida y pedigüeña, la mole granítica también tenía su encanto, con un intenso aroma a dulce decadencia y derrota.

Vistas desde arriba, las calles eran afluentes blancos, formados por cabezas de cabellos encanecidos, salpicados con pequeñas gotas de otros colores. Esos afluentes confluían en la gran plaza, que en otros tiempos fue el corazón del senescente país. Pero ahora, los ancianos se arremolinaban como palomas inválidas en la procura de mínimas cortezas de pan enmohecido.

Eran tantos esos ancianos que el ayuntamiento había previsto turnos. Los nacidos en una década gozaban de licencia para los lunes y los jueves; los nacidos en otra, para los martes y viernes, y así. Más o menos. Incordiaban a los turistas con sus lamentos, pero eso era también algo que los extranjeros querían ver. Ver de qué se habían librado, escarmentando en la cabeza ajena de los nacionales de Progeria.

Hay gente para todo, incluso para contemplar este deprimente espectáculo. Del norte bajaban grupos de especialistas para estudiar cómo habían llegado a tal grado de depauperación y dejadez colectiva, de pueblo debilitado, inerme, agónico y deshecho. En casi ningún otro sitio del orbe se podía encontrar algo análogo, como si fuese un inmenso parque geriátrico, merecedor de estudio y compasión. No daban muy buena imagen pero, en cambio, aportaban una cosa típica difícil de hallar en otras naciones.

Hacía unos meses que se había derrumbado parte del tejado de la balconada que daba al viejo rectorado. Ahora ese añejo rectorado es un asilo de beneficencia, pero como tampoco hay dinero para calefacción le llaman *el depósito*. Allí amontonaban a los ancianos que estaban en las últimas, puestos al cuidado de los condenados al denominado "*Servicio Cívico*". Instituir el *SerCivic* había sido una excelente decisión, muy aplaudida por la mayor parte del cuerpo electoral. Apenas quedaban jóvenes para justificar una universidad como aquella, en donde llegó a haber un profesor para cada cuatro alumnos. Saldría más a cuenta financiarles estudiar fuera, pero siempre tomando cautelas para que regresasen, quisiesen o no, porque los escasos muchachos del país comenzaban a ver la huida definitiva de su Tierra como la única opción sensata de futuro. Esa universidad cerró hace veinte años, para dar paso a la nueva Universidad Central, fruto de la fusión de las restantes, y de este modo vaciaban facultades y edificios de toda clase.

Daniel se deprimía cada vez que pasaba por allí. No lo soportaba. No soportaba esa imagen de la decrépita catedral que se desmoronaba, permanentemente apuntalada, llena de humedad y verdín, ni las filas de ancianos aguardando desde horas atrás para coger vez, ante lo que otrora había sido un hotel de categoría, y previamente un regio hospital. Viejos aguardando por un bollito de pan ya endurecido, por una taza de caldo limpio o por un guiso con correosa carne para sus bocas desdentadas.

Daniel esperaba por ella, por Carmen. Tenía algo importante que decirle. Tal vez por eso la había citado allí, aunque sabía la inquietud que también le provocaba aquella plaza. Sin embargo, al verse todo se transformaba. Ella, al adivinar su cabello espeso, fuerte y cobrizo, al desear su cara cuadrada, su planta erguida y la serenidad de sus ojos verdes. Él, al contemplar su melena del color del trigo, su piel de porcelana y su mirada llena de encanto. Entonces todo se transmutaba. Entonces, el sol se abría paso entre las cenicientas nubes. Se amaban, y con eso todo estaba dicho.

La sonrisa de los amantes es un soplo de aire fresco que ventila cualquier sótano infecto, un templado rayo de sol en un plomizo día de otoño, un gozo infantil en un fatídico velatorio. Así sonreían ellos cuando se veían.

Se besaron. Se besaron con pasión. Los labios, las lenguas, los alientos, se encontraban.

- Cuánto has tardado –le dijo él.

- No tanto. Además, lo bueno se hace esperar – respondió ella.

Una pareja de viejos gruñó. No estaba bien visto. Quizá por envidia, quizá por resentimiento. Suele suceder con lo que escasea. Y allí escaseaba la juventud, el futuro y el amor, mientras que sobraba pasado, angustia y miedo.

- ¿Te lo ha dado?

- Sí, aquí lo tengo.

Ella metió la mano de él en su bolsillo. Allí estaba. Volvieron a besarse. Una nueva ventana se abría hacia un mundo nuevo.

- ¿Y qué te ha dicho?

- Pues que hacíamos muy bien en irnos. Que es lo mejor.

En los ojos de Carmen brotaban lágrimas que quedaban allí remansadas.

- No llores amor mío.

¿Y cómo no iba a llorar? Huyendo dejaba atrás a su padre y a su abuela. No tenía otra familia. Su madre había muerto siendo relativamente joven. Acababa de cumplir los sesenta. No tenía a nadie más. Ni tíos, ni primos. No había nadie más.

- Lloro, pero lloro de alegría.

- Claro. Claro que sí. Ya verás como todo va a salir bien. Ya tengo arreglado lo de la casa de Toronto. Fue gracias a un amigo. Me dijo que allí estaríamos de maravilla, y que ya nos tenía buscado trabajo para los dos. Será estupendo.

- Seguro. Pero, ¿sabes algo? –le preguntó ella, mirando su boca en vez de hacerlo a los ojos.

- ¿Qué?

- Que yo no voy. No puedo ir.

Daniel la miró espantado. Ayer mismo lo habían hablado por enésima vez y no tenía ninguna duda. Sólo faltaba el restante oro preciso para iniciar esa otra vida, previo pago del imprescindible soborno libertador.

- ¿Por qué no puedes irte? ¿Qué te sucede?

- No puedo abandonar a mi padre y a mi viejecita. Son sangre de mi sangre.

- Pero nosotros podemos ir por delante, y después llevarlos a ellos. Salir de esta ratonera es bueno para todos, incluso para ellos.
- Escucha, Daniel. Te quiero como nunca he querido a otro hombre. Por eso le he pedido este oro a mi familia. Les he dicho que era para abortar.
- ¿Para abortar? ¿Qué dices? Estás loca. ¿Te has vuelto loca, verdad? Entonces, ¿estás embarazada? ¿Sabes lo que eso supone si llega a saberlo quien no debe?

Carmen lamentó haber cometido ese error. No se lo quería contar, por lo menos no se lo quería contar de ese modo ni tan pronto. Aún estaba a tiempo. Se podría arreglar diciendo que era una broma, o una mentira. Pero ya no soportaba más mentiras, no con él.

- Tenía pensado contártelo más adelante. Pero da lo mismo. Sí, estoy embarazada.

Daniel sintió como temblaba su vientre, sus piernas, sus brazos. Hasta su miembro se encogía. Debía ser una especie de inocentada. No podía ser cierto. De repente se quiso agachar. Reculó hacia los soportales, hacia la esquina más resguardada de la plaza. La fila de ancianos comenzaba a moverse en busca de algo caliente para meter en el cuerpo.

- ¿Y cómo ha sucedido? –le dijo mientras se sentía un perfecto imbécil.
- Sucedió. Son cosas que pasan. Quise que pasase, porque creí que algo bueno tenía que salir de nuestro amor.
- Carmen, Carmencita. ¿Qué va a ser de nosotros? Ahora no podemos tener un hijo. Ahora no. Ya habrá tiempo, lejos de aquí. No se lo digas a nadie. ¿Quién lo sabe?
- Sólo tú. Y ellos, claro. Mi padre y la abuela –volvió a mentir.
- Entonces tenemos que huir cuanto antes. Con más razón. ¿No te das cuenta? Si lo llegan a saber todo será más difícil. No nos dejarán salir sabiendo que, por encima, estás embarazada. Nos perseguirían y nos castigarían.
- No. Tú no lo comprendes. No tienes familia, pero yo sí. Además mi padre está en una situación delicada, por su trabajo, ¿sabes? Yo espero. Espero a que nazca nuestro hijo, mientras tú preparas todo para nosotros, allá.

Pobre Carmen. No, no era consciente. La *PolCiv*, la policía cívica del país, no permitía emigrar a los jóvenes mientras no hubiesen saldado sus presuntas deudas por los servicios recibidos de la patria durante su infancia y su mocedad. Era la ley. Ellos, los que gobernaban, llevaban una contabilidad detallada y precisa. Ellos, los que más acudían a votar, lo exigían y todo cuanto percibían les parecía escaso. Pueblo soberano y suicida. Nadie podía huir. Y menos huir con un hijito, con un nuevo portador de la descomunal carga que tenía que sobrellevar cada año transcurrido un menor número espaldas mozas. Los precisaban. Las normas eran claras. La Nación precisaba de los escasos jóvenes que ella generaba para continuar hacia adelante, no se sabía muy bien hacia dónde, excepto para sostener un estrago que había comenzado tantos años atrás que nadie deseaba recordar su génesis.

- Mi amor. No te abandonaré. No. Tú lo eres todo para mí. Lo primero será deshacerse de él.
- No, eso no.
- ¿Por qué no? Es tanto por su bien como por el nuestro. Nacer en estas condiciones implica vivir de forma miserable. Además, si quieres tendremos otro hijo. Hay tiempo por delante. Somos jóvenes. Pero lo tendremos fuera, lejos, para que crezca en un lugar donde nazca sin cargas ni hipotecas, sin deudas y sin un yugo en la nuca.
- No. Debe nacer aquí. En esta Tierra a la que pertenecemos. Esto tiene que cambiar, pero nunca cambiará si sólo se quedan los viejos. Que recuerde de dónde es para saber quién es. Tal vez, luego, huiremos y algún día podremos regresar, o al menos podrá regresar él, no lo sé.

Daniel la abrazó con fuerza y cariño. Debía hacerla callar. Besó sus sienes y sus párpados, sus cejas, sus pómulos, el nacimiento de sus orejas, su barbilla, la punta de su nariz, su cuello hasta el comienzo de su nuca. La besó toda excepto sus labios, que dejó para el final. La amaba con locura y pasión, como únicamente se puede amar a la primera mujer en la vida. No tenía a nadie más a quien amar. Allí, cobijados en los hundidos soportales, metió la mano entre sus ropas y palpó su vientre.

- Carmen, tendremos otro. Pero no ahora, no aquí.
- Tendremos este, y se llamará como nuestras madres o como nuestros padres. Ya sé que no te gustan los nombres compuestos, pero ese capricho me lo has de conceder.

- Por supuesto. Nada te puedo negar. Bésame,

Ella se estiró y lo besó con fruición. Aunque mientras lo hacía, él pensaba cómo seguir adelante para salir de aquel laberinto. Fue entonces cuando, sin darse cuenta, el invisible y frágil hilo de la confianza absoluta entre la pareja comenzó a ser roído.

- Llego tarde –le dijo mirando su reloj-. Mis viejos me aguardan.
- Nos vemos a la noche, donde siempre. Toma, guarda tú el oro. Ya hablaremos con calma.

Daniel le dio un último beso y una caricia. Cuando miró atrás, mientras corría, Carmen le dijo adiós con la mano. Parecía más hermosa. La amaba de verdad y por eso tenía que escudarse tras la mentira.

- Te quiero –le dijo sin emitir sonido alguno, vocalizando bien para que ella lo pudiese leer.

Y retomó la carrera para llegar al antiguo seminario, reconvertido en centro de rehabilitación y en depósito de aparatos de segunda mano para ayudas a los discapacitados e impedidos. Todavía le quedaban dos años y pico de servicio cívico. No quería ni pensarlo. Además, tenía asignada casi una docena de ancianos para visitar y asistir en sus domicilios. Su número crecía, como los hongos con la persistente humedad. Se rumoreaba que antes de un año elevarían la cuota hasta algo por encima de la docena, porque no había suficientes jóvenes para atenderlos a todos, y por las quejas de los que no tenían otra cosa que hacer más que quejarse, que llegaban en tropel a los despachos enmoquetados y a las urnas electorales. *Salus populi suprema lex esto*[1].

\+ + +

La mentira existe porque es imprescindible para la vida en común. Es otra convención más. Existe como existe el fingimiento, el engaño y la comedia del estafador. Y no siempre son malos. De hecho, el cortejo entre las parejas consiste en eso: mentir para conquistar.

[1] *La salud del pueblo es la ley suprema.*

Daniel tenía casi todo arreglado. Ahora todo se complicaba. Se complicaba por un estúpido descuido. ¿Y si Carmen también le había mentido? Costaba creer en un embarazo accidental a las puertas del siglo XXII. Recordó la lección de vida: sólo sobreviven quienes se adaptan al entorno y a lo inesperado. Por eso había que seguir adelante, aunque fuese cambiando y transformando lo imprescindible. Así, tan pronto como pudo escapar del control de su supervisor, hizo la llamada pactada días atrás.

- Soy yo. Ya tengo el oro.
- Estupendo. Veo que eres un joven formal. Será una lástima perderte.
- ¿Cuándo lo hacemos?
- Paciencia. No es tan sencillo. Primero paga el adelanto convenido. Déjalo en la hendidura que ya sabes. Cuando vea que todo está en orden me pondré de nuevo en contacto contigo.
- Necesitamos salir cuanto antes.
- ¿Entonces?
- Entonces nada. Ya no soportamos más esta situación.
- ¿No habrás hecho una tontería? Si sube el riesgo también sube el precio. Ya te dije que lo mejor es camuflarse entre la normalidad.
- En serio. Estoy camuflado.
- Los jóvenes siempre igual. Las prisas … Ve despacio. Paga el adelanto y aguarda tu turno. La lista es larga. Tengo demasiados clientes. Ya hablaremos.

Le daba pavor hablar con él, con el coyote, pero no tenía otra opción. No sabía de otro miembro de la *PolCiv* con la indispensable pericia para desactivar la alerta que llevaba implantada, y que delataría su posición si llegase a cruzar los límites autorizados por el compromiso de servicio. Habían tenido que hacerlo. El Parlamento-Senilatus tuvo que aprobar la Ley. Durante los últimos años hubo tal escasez de jóvenes y habían huido tantos que la situación era insostenible. Antes habían adoptado otras medidas de urgencia, como obligar a todos los ancianos a trabajar hasta diez años antes de alcanzar la esperanza oficial de vida, pero no había funcionado de modo adecuado. No bastaba. Ahora que el censo caía peligrosamente hacia la mitad de almas, también precisaban que los jóvenes se quedasen y contribuyesen a sostener el país en mayor medida.

No había otro remedio: eran una menguante minoría. Eran tan pocos estos muchachos que sus ansias y anhelos apenas contaban.

Ya había probado de todo. Se había corrido la voz de que sumergiéndose en un tonel con vinagre y sal el maldito circuito dejaría de funcionar. No era cierto. Tampoco pasando un tiempo cerca de un transformador eléctrico o de un radar de cierta potencia. La desesperación llevaba a algunos a inventar estas tonterías. De todas formas, aunque fuese válida cualquiera de esas técnicas, tan pronto como desapareciese la señal, una patrulla de la *PolCiv* correría a buscarte en el último cuadrante del que tuviese referencia. Por consiguiente, sólo un especialista podría desactivarla y engañar a la vez al sistema con un duplicado, instalando la copia en otro soporte durante el tiempo preciso para huir.

- ¿Dónde estabas? Tenemos trabajo –le dijo su jefe de sección.
- He ido al baño.
- ¿Y qué haces para tardar tanto? Atiende a ese hombre. Necesita una silla de ruedas en condiciones. ¿No es cierto, abuelo?

El viejo asentía con cara vengativa y seca. Aparentaba unos noventa años, y aunque resultaba evidente que no tenía suficiente fuerza para caminar sin ayuda, sí que le sobraba para denigrar.

- Sois unos vagos. Llevo meses esperando por mi silla y también llevo un montón de horas en esta cola de tullidos. A ver si os movéis. Yo a vuestra edad tenía más sangre en el cuerpo. Mierda de jóvenes. No valéis para nada. Dais asco.

Hedía a una humanidad caduca, a orines. No valía la pena contestarle, pero Daniel no pudo reprimir sus ganas de hacerlo.

- Oiga, y con tanta sangre en sus venas, ¿cómo es que ahora viene por aquí? ¿No tuvo al menos un hijo para meterse con él?
- ¿Un hijo? ¿Dices un hijo? ¿Para qué? No, no tuve ninguno, ni falta que hizo. Tenlo tú. Tú sí que debieras tener uno, escoria. ¡A ver quién os mantiene a vosotros, muertos de hambre! Para mí todavía va a bastar lo que hay, porque poco tiempo me queda, pero para vosotros, ni las raspas.
- Cuánta razón tiene, señor … Kevin –eso ponía en su ficha, Kevin Herrero. Daniel no pudo evitar sonreír.
- ¿De qué te ríes, atontado?

- De nada, de nada.
- ¿Te estás riendo de mí? Voy a avisar al encargado y te va a salir cara la broma. No sabes con quién estás hablando. Yo fui concejal de este Ayuntamiento. Insolente.
- No, señor. No es por burlarme. Es que la mezcla de su nombre con el apellido … Ahora ya no se ven combinaciones así.
- Pues aún se tienen que ver, porque de mi quinta todavía quedamos unos cuantos. Ahora los jóvenes sois muy presumidos. Claro, tenéis unos padres selectos. Pero en mis tiempos no era así. ¿Sabes cómo se llamaban algunas de mis parejas? Te lo voy a decir: Vanessa Cortijo, Jennifer del Palacio, Deborah Jiménez, Linda Pérez … Por cierto, mi mujer se llamaba Nicole Robledal. Ah, y mi hermano, Byron.
- No está mal. Byron Herrero. Y sus sobrinos, ¿también siguieron esa tradición?
- No tuve sobrinos. Con nosotros se acaba todo. Ahora se os da por volver a ser clásicos y elegantes, como si fuese una gran cosa el pasado: Mateo, Santiago, Manuel, … ¿Y tú?
- ¿Yo? Daniel.
- Ahí está. Daniel. Un profeta, ¿no es cierto?
- No puedo decirle. No leo ficción ni novela histórica. A ver qué tal le va esta silla. Es estupenda. Una joya.

La pieza tenía un aspecto infame, con herrumbre mal disimulada y un sucedáneo de cuero azul desteñido. El viejo Kevin Herrero torció el gesto, pero accedió a probarla. No hizo más que subirse en ella cuando comprobó que giraba mal y que no funcionaba el sistema de superar escalones.

- Esta no va bien. ¿No tenéis otra mejor reparada?
- Es la mejor que he encontrado. Superior. Si lo desea puede esperar a que devuelvan alguna. No tardarán mucho. Hay mucha rotación. Será por la edad de los clientes, ¿sabe? Tenemos varias sillas con usuarios que ya superaron los cien años. Están al caer.
- Vendrán estupendamente entonces. Serán de quinta o sexta mano. ¿Pero es que no piensan reponer material nuevo? Esto es una vergüenza. Toda la vida pagando para que ahora te entreguen esta basura. Qué digo que te

entreguen, que te presten, aún por encima. A ver muchacho, avisa ahí a tu jefe.

- No hay otra cosa. En serio. Estamos bajo mínimos. Tiene esta o nada, a no ser que prefiera una silla manual.

El viejo comenzó a gritar sin reparo, exigiendo unos derechos que únicamente existían sobre el papel, porque nada había que los sostuviese. El barullo fue creciendo. Otros que aguardaban también se sumaron a la revuelta. Con todo, alcanzó el efecto deseado, porque a los pocos minutos se presentó un supervisor.

- ¿Qué sucede aquí? –preguntó mientras miraba a Daniel.
- Este hombre. Rechaza la silla que tenía solicitada, porque afirma que la ve en malas condiciones.
- ¿Pero qué es lo que le pasa? -volvió a preguntar, mirando en esta ocasión hacia el anciano Kevin.
- Bien se ve lo que le pasa, ¿o es que eres cegato? Está para el vertedero. Además de dar asco, no funciona ni la mitad de las cosas que tenían que funcionar.
- Pero funciona en lo principal, ¿no es cierto? Si está aquí es porque fue autorizada por la sección de calidad.
- Esta sí que es buena. Calidad. Si no hay por dónde cogerla. Lo que hay que hacer es comprar material nuevo y más moderno, ¿me entiendes? Hace unos años fui de viaje al extranjero, y hay que ver las cosas que tienen allí. Lo que sucede es que os gastáis el dinero en otras historias de vuestro interés.
- ¿Por ejemplo?
- Yo qué sé. Pues por ejemplo en guarderías. ¿Acaso ahora tienen que ir todos los niños a la guardería? Entonces, ¿para qué están sus padres? ¿Ya no saben criarlos? A quien hay que atender es a nosotros, que para eso os votamos y os mantenemos. Bien que nos pedís el voto cuando os conviene.

El supervisor iba soportando el discurso con mala cara y de peor gana, pero lo que no dio tragado fueron las burlas del coro de ancianos que esperaba, animando a Kevin a seguir por ese camino de provocación. Entonces estalló.

- Mire, señor …
- Herrero –apostilló Daniel.

- Mire, señor Herrero. La silla está en condiciones. Si la quiere, bien, y si no, también. Es lo que hay. No se puede hacer más. Por si no lo sabe, ahora sólo dependemos de nosotros mismos para costearlo todo. Ya no hay ayudas de fuera. Cada Estado federado tiene que arreglárselas en estos asuntos, y cada vez tenemos más demanda y menos contribuyentes. Se acabó la broma. Si la quiere, llévesela. Si no la quiere, ya habrá quien la quiera. ¿Me ha entendido?
- A ver, a ver. Te veo muy gallito. Tú no sabes con quién estás hablando. Yo fui concejal. Voy a llamar ahora mismo al diputado de mi distrito. Nos conocemos. Yo voto en todas las elecciones y muchos como yo también. Ya veremos si hay otra silla o no la hay. Esta te la puedes meter mientras tanto por donde te quepa.
- Estupendo. Haga lo que estime más adecuado. Daniel, atiende al siguiente. Adiós y muy buenas.

El supervisor dio media vuelta y dejó solo a Daniel ante aquel caos de ancianos sublevados. El viejo Kevin desahogó la rabia que tenía acumulada y alentaba las brasas de aquella fogata de indignación. Estaba en lo cierto. Después de todo, ellos representaban la mayoría del electorado. Pero tanto se desahogó que se lo hizo por él. Los pañales de contención eran tan malos y escasos que apenas contenían, y el hedor ahogó el conato rebelde.

\+ + +

Todo es susceptible de empeorar y de hacerlo en el peor momento.

Mientras terminaba su turno comenzó a correr otro rumor. Iban a hacer una revisión médica a todas las integrantes del servicio. Era lógico, porque eran muy valiosas y había que conservarlas sanas y fértiles.

- ¿Y a ti quién te lo ha dicho? –le preguntó Carmen a una muchacha llena de granos.
- Al parecer se lo oyó a la directora una chica adscrita a la gerencia.
- ¿Para cuándo será?
- No lo precisaron. Quizás la próxima semana.

Chocó de bruces con una realidad que odiaba. Con una realidad que ya no le permitía ser dueña de sus secretos más íntimos. Seguro que comprobarían si

estaba embarazada. No le preocupaba por la criatura que comenzaba a formarse en su interior, ya que tenía firmemente decidido dar a luz y después buscar la manera de reunirse con Daniel, más adelante. Le preocupaba por Daniel. Él ya no soportaba aquella situación. Y aunque ella no declarase quién era el padre del bebé, y no podían obligarla porque, al fin y al cabo, todavía existían garantías procesales para permanecer en silencio, tal vez fuesen capaces de adivinar quién era. Difícil no sería. De entrada, en el propio complejo geriátrico al que la habían adscrito todo el mundo sabía que tenía novio, aunque oficialmente no vivían juntos para evitar la obligada inscripción en el censo de parejas en edad fértil. Todos los jóvenes odiaban ese trámite y no les faltaban motivos, por las consecuencias que arrastraba.

Fue entonces cuando comenzó a cambiar su decisión, hondamente meditada tan sólo unos días atrás. Querer ser madre para afianzar el amor. Querer abortar para defender ese amor. Dura dicotomía. No, todavía no. Tienen que existir otras alternativas. La vida no puede ser tan cruel siendo una tan joven. Aquello le recordaba una escena que le habían contado: durante una guerra, las fuerzas victoriosas detienen a un matrimonio con un hijo pequeño. Para torturar a la mujer la obligan a que elija entre la vida de su esposo y la de su hijo, al que todavía amamanta. Ella no había conocido otro hombre. Tampoco tenía otro hijo. El hombre intenta convencerla de que aquel ya no era un país para criar un niño. Ella lo comprende. En el fondo tiene razón. Cuando la muerte es una puerta hacia la liberación, la vida poco importa, y menos para un niño de pecho. Pero cuando va a comunicarle a los soldados ocupantes cuál es su decisión, de su boca salen las palabras opuestas a las que pensaba decir. Manifiesta que quiere salvar a su hijo. Entonces, uno de los soldados desenfunda su arma, apunta al marido, se recrea viendo como éste se arrodilla, llora y se humilla, y de repente dispara contra el niño. De esta forma, de alguna manera, mueren los tres. El niño muere sin saber que vivía, y el padre y la madre serán muertos en vida, pudriéndose con un pesar y una desconfianza que los devorará, echando sal sobre cada nueva herida provocada por la dentellada de cada día consumido.

Una solución era acelerar la huida de Daniel. Esa era la mejor opción, sin duda. Además era muy simple, para cerrar luego el expediente indagatorio que se abriría. El desvergonzado novio lo habría sabido unos días antes del reconocimiento médico de Carmen, y siendo como sería un cobarde, huiría inmediatamente, abandonando a la pobre madre y al futuro hijo. Eso pensaría el instructor. Impecable lógica burocrática. Pero, ¿sería capaz Daniel de

conseguirlo en cuestión de días? No estaba en sus manos. Por lo menos no sólo en las suyas. Dependía de un hombre sin nombre ni rostro.

Pero alguna probabilidad había. Ya tenían el oro que le había regalado la familia, especialmente su padre. En un país con tan escasa esperanza en el futuro, siempre habría funcionarios venales dispuestos a correr riesgos con tal de hacerse una hucha, para escapar ellos mismos a la menor ocasión, o simplemente para subsistir con relativa comodidad.

Muchos jóvenes y gran parte de los adultos no estaban conformes con la testaruda economía de racionamiento perpetuo impuesta en el país, que no tenía otro objetivo que resistir un día más, sin otra perspectiva ni plan. Una economía artrítica, reumática, senil. Una genuina "*geronomía*", como habían leído junto al Parlamento-Senilatus y que tardaron escasas horas en borrar por su carácter subversivo:

Abajo la gerontocracia

Muerte a la geronomía

Los jóvenes éramos el futuro

Ya no hay futuro

Geronomía. La gran aportación del país. *Geronomics*. Hasta exportamos especialistas en esa disciplina al resto del caduco mundo civilizado. En esto somos una potencia. En cambio, somos deficitarios en futuro.

Carmen no quería encontrarse atrapada en un dilema tan cruel. Precisaba otra esperanza. Pero, si así fuese, pocos días les quedarían para estar juntos. Aquella noche, en la que pensaba que se volverían a amar como la primera vez, sin embargo ya no sería así, porque ese gris y tormentoso horizonte la consumía.

Concluido el servicio, regresó caminando muy despacio. Necesitaba tiempo para pensar. Se sentó en un parque. Un par de niños jugaba en su reducida zona, cada uno por su lado, como extraños. En el resto del parque, un considerable grupo de ancianos se entretenía con los descuidados aparatos de mantenimiento. Bastantes de ellos hablaban de lo de siempre: de sus achaques, del Gobierno que no los atendía, de para cuánto tiempo aún quedaría algo en la caja común, …

¿Quién cuidaba a los niños? No se veía a nadie. Debían tener cinco o seis años. En vez de pensar en ella, en su embarazo, en Daniel, pensó en el futuro de aquellos niños, y así se puso a contar la gente que había en el parque.

- Dos niños, una joven, quince ancianos –se dijo para sí.

¿Y si Daniel tenía razón? Que allí no había futuro porque nadie se había preocupado por él y nadie lo había sembrado. ¿Cómo iba a dejar a su propio hijo en medio de aquel páramo yermo, donde las canas ya habían derrotado irremediablemente a la rubia pelusa de los recién nacidos? Al menos fuera tendrían la posibilidad de comenzar desde cero y recordar la Tierra materna que fue, pero que ya no podía ser. Tierra carcomida por el tojo, estéril, reino del jabalí. Una Tierra derelicta, nula, abandonada.

En eso recapacitaba cuando uno de los niños se le acercó. Fue como si una suave brisa se levantase en medio de una asfixiante atmósfera.

- Hola. ¿Cómo te llamas?
- Carmen. ¿Y tú?
- Lázaro.
- ¿Lázaro? Qué nombre más hermoso.
- Sí. Es muy raro.
- Hermoso y raro no son lo mismo.
- ¿No? Pues yo creía que sí.
- Lo raro puede ser valioso, pero no tiene por qué ser hermoso.
- Tú hablas raro. No te entiendo bien. Entonces serás valiosa.

Carmen sonrió. Los niños eran allí personajes llenos de vivos colores, entre otros pintados en blanco y negro.

- Y tu amigo, ¿cómo se llama?
- No lo sé. No somos amigos. Ya estaba aquí cuando llegué.
- Podéis haceros amigos y jugar juntos. Es muy divertido.
- ¿Sí? ¿Por qué?
- Pues porque juntos se os pueden ocurrir cosas nuevas para jugar. Mira, imagina que sólo tienes dos pinturas, una azul y otra amarilla. ¿Sabes qué sucede si las mezclas?
- No lo sé.
- Pues que aparece el verde.

El niño abrió mucho sus ojos. Parecía incrédulo y asombrado.

- Véteselo a decir al otro niño y ya verás como os hacéis amigos.
- No, no y no.
- ¿Por qué?
- Yo no juego con niños, sólo juego con mayores. Los niños no saben jugar, son tontos.

Aquella respuesta de adulto picó la curiosidad de Carmen. La verdad es que en pocas ocasiones había podido hablar con un niño pequeño. No tenía demasiadas oportunidades.

- Oyes, Lázaro, ¿y no juegas con algún hermano?
- No tengo hermano.
- Pues entonces, ¿con algún primo?
- ¿Qué es un primo?

Era difícil de explicar, casi tanto como explicar cómo hacer los nudos de un zapato sin nunca verlo.

- Un primo es el hijo de un hermano o hermana de tu madre o de tu padre.
- Eso es una tontería. Mi madre no tiene hermano ni hermana, y mi padre tampoco tiene nada de eso.
- Entonces, ¿no tienes tíos?
- ¿Tíos? ¿Qué son tíos?
- Pues algún hermano o hermana de tu madre o de tu padre.
- Estás sordita. Ya te he dicho que no tienen hermanos. Tienes que limpiar las orejas –y el niño hizo el ademán de meterle el dedo índice en la oreja.
- Y en la escuela, ¿tienes algún compañero que tenga un hermano?
- No, no tengo. Ah, sí. Hay una niña. Laila. Pero sólo ella. Es muy rara.
- Como tu nombre.
- Sí, como mi nombre. Pero ella sí es guapa. Quiere ser mi novia.
- ¿Y tú no quieres?
- Sí, quiero, pero me da vergüenza.
- Pues no hay que tener vergüenza, y menos con las niñas bonitas. Seguro que Laila es además muy lista. Todas las niñas guapas son muy listas.
- Sí. Laila es la más lista de mi clase. Ya sabe leer cuentos, ¿sabes?

Carmen miró maravillada a aquel pequeño milagro en forma de niño, el milagro de hallar un arbusto rebosante de camelias en medio de un árido y pedregoso desierto. Quiso retener ese instante. Le ofrecería algo al niño para seguir disfrutando de su disparatada conversación, pero temió que eso enojase a quien lo vigilase.

- ¿Has venido al parque con tu madre o con tu padre?
- No. He venido con la abuela.
- ¿Y quién es tu abuela?
- Aquella señora con el impermeable amarillo. ¿La ves?

La señora debía tener unos ochenta años. Teñida de rubio, aún conservaba un aire patricio y unas proporciones armónicas en su rostro y en su cuerpo. Practicaba remo en uno de los aparatos del parque.

- Ve a junto ella y pregúntale si te deja comer un pedacito de esto.
- ¿Qué es?
- Regaliz. Está riquísimo.
- Nunca lo he probado.
- Pues no sabes qué riquísimo está. Ve y pregúntaselo.
- ¿Me esperas aquí?
- Te espero. Pero está tan rico, tan rico, que no sé si ya me comeré yo todo el regaliz. No creo que me pueda aguantar.
- Espera, eh, espera.

El niño salió corriendo hacia la abuela y cada tres pasos miraba a Carmen, que daba pequeños mordiscos simulados al regaliz, hinchando las mejillas, haciendo como que tenía la boca llena. Entonces el niño se detenía. No sabía si regresar junto a Carmen para decirle que no se comiese todo, o si correr más para pedirle permiso a la abuela, y correr después como un loquito para llegar a tiempo y poder probar un piquito del misterioso regaliz.

Mientras tanto, el otro niño del parque se acercaba a Carmen como si fuese un zorrillo. Lázaro estaba retenido por su abuela, que seguro que le quería arrancar de qué había hablado con aquella desconocida.

- Ven, ven. ¿Quieres? –le ofrecía regaliz al otro niño, que retrocedía un paso y adelantaba dos en zigzag.

De esa manera tan propia de la infancia, el niño se fue acercando. Si fuese un perrito olisquearía y daría una carrerita, movería la cola y cambiaría su mirada de pena y temor por otra de alegría contenida. El niño cogió finalmente el regaliz, lo olisqueó y mordió una puntita. Era algo nuevo, probablemente no recomendado por sus padres, los odontólogos, los pediatras ni por la Administración. Pero, además de su sabor a fresa, lo que le debió gustar fue su desnudo aroma a libertad, como la libertad de decir no y de equivocarse. Le dio las gracias. Se notaba que era un chiquillo muy bien educado.

- Yo me llamo Carmen. Y tú, ¿cómo te llamas?

Bajó la cabeza y se puso tan colorado que las orejas parecían cubiertas de pimentón. Pero aguantó allí. Ya no podía recular.

- Si no me dices tu nombre tendré que adivinarlo. A ver, a ver … Tienes cara de Luis María.

Él sonrió con vergüenza. Vergüenza por sonreír, de esa que tapa la risa espontánea y fresca.

- No, no serás Luis María. Déjame pensar. Déjame pensar. Y pienso, pienso, pienso. ¡Ya está! ¿Te lo digo?

El niño asintió, mirando hacia el suelo pero ya riendo.

- Pues te llamas Ricardo María.
- No, no –se le escapó muy bajito.
- Ay, bueno. Pues María seguro que lo tienes en el nombre. Te lo veo aquí, escrito en tu sien izquierda.

Él negaba con la cabeza, moviéndola rápidamente, cada vez más rápidamente.

- Creo que me engañas, *Algo* María. Me engañas, ¿verdad?
- Que no, que soy un niño –dijo bajito, bajito, sin nunca mirarla.
- Que eres un niño ya lo veo. Un niño bien guapo, por cierto. Pero como tienes eso escrito en la sien, …

El se fregó la sien y miró para sus dedos, por si había rastro de tinta en ellos.

- Que no. Que soy Álex.
- ¿Álex sin María?
- Que sí. Álex sin María. Álex sólo.
- Entonces estoy perdiendo mis poderes. Hasta ahora siempre he adivinado el nombre de los niños guapos. Es la primera vez que fallo. Voy a tener que ir al médico.
- ¿Por qué? Los médicos no saben de eso.
- ¿Qué no? Será el médico de los niños, pero el médico de los mayores sí sabe. O tal vez eres tú, que me estás confundiendo, porque con el otro niño sí acerté. ¿Sabes cómo se llama?
- No.
- Se llama Lázaro –Álex sonrió de nuevo.
- ¿Lázaro? Ese sí que es un nombre raro.

- ¿Y por qué va a ser raro? Además, ¿sabes otra cosa? Por llamarse así tiene derecho a tener un perrito. ¿A que tú no lo tienes?
- Yo no. Yo quería uno, pero no me dejan en casa.
- ¿Lo ves? Si también te llamases Lázaro igual te dejaban tener uno. Quizás si juegas con Lázaro tal vez te cuente cómo hacer o te presta el suyo.

Así, poco a poco, el niño se fue abriendo, hasta que la miró directamente a los ojos. Los de Álex eran unos ojos grandes y tristones, de un verde oliva intenso. Estaba deseoso de hablar, y por él supo que tampoco tenía hermanos, ni primos, que nunca jugaba con otros niños al salir de la escuela, y en la escuela muy poco. Apenas sabía jugar si no se lo enseñaba la maestra, que era quien decía a qué había que jugar. No le sorprendía.

Su infancia también había sido así. Una infancia siempre rodeada de gente mayor, muy mayor, que hacía como que jugaba pero que, en realidad, estaba allí para vigilarla y adiestrarla. Eran hijos de un tiempo en el que nadie sabía ya qué era eso de la fraternidad porque, en aquel país, no había hermanos, sin que nadie lo hubiese prohibido, ni el Gobierno ni un oscuro poder oculto.

- ¿Quieres que juguemos? –le dijo el niño, que ya había comido su regaliz.
- Claro que sí. ¿A qué quieres jugar?
- No sé. Elige tú.
- De acuerdo. Jugaremos a condición de que después sigas con Lázaro. ¿Te parece bien?

Él asintió. Así que le propuso jugar al escondite, pero el niño no sabía. Mientras le explicaba, vio como regresaba Lázaro, y detrás de él la anciana del remo y luego otra.

- ¿Conoces a esa señora que viene hacia aquí? La del fondo de todo.
- Es mi abuela.
- Pues creo que quiere jugar, y también Lázaro y su abuela.

Lázaro corría tan ligero y con tanta vitalidad que le sacó una buena ventaja a las abuelas y, ya antes de llegar éstas, venía preguntando:

- ¿Qué hacéis? ¿Vais a jugar? ¿Qué le has dado a ese niño?

Y el milagro se produjo. Los dos niños se miraron como si hubiesen descubierto algo insólito. Otro semejante en este planeta de seres predominantemente mustios, exhaustos, exánimes y extenuados.

Las dos abuelas llegaron casi a la par. Dijeron estar preocupadas por si había sucedido algo. ¿Algo de qué? -les preguntó Carmen-. Algo, reiteraron ambas por separado. No era normal que los niños hablasen con extraños, ni que los extraños hablasen con los niños. Pero al percatarse del uniforme del Servicio Cívico que Carmen llevaba por debajo de la gabardina, enseguida comprendieron la anomalía. Pronto pensaron que sería una muchacha afortunada, destinada en un jardín de infancia en vez de en un más común asilo.

- No. Estoy destinada en el complejo geriátrico de allí, donde hace años había un centro universitario.

- Ese sí que es un buen servicio social. Todos vamos a ser viejos, incluidos los jóvenes, aunque a vosotros os cueste creerlo. Es que pensé que como hablabas con mi nieto debías ser alguien raro. Pero ya veo que no.
- Lo mismo pensé yo, y por encima como vi que Álex te cogía algo y se lo metía en la boca …
- Es normal. Yo sólo intentaba animarlos para que jugasen juntos. Entre ellos, me refiero.
- Ay, mujer. ¿Y qué necesidad hay de eso? Ellos que se vayan centrando en sus cosas, que ya tienen bastante que hacer. Jugar no sirve para mucho. Mira, yo de niña era muy juguetona, ¿y qué? Nada. Ahora los críos tienen que empezar a ser responsables desde pequeñitos. Hay que prepararlos para que sean más inteligentes y trabajadores que nosotros. Es lo que les queda por delante.
- Sí, mujer, sí. Este nuestro va a tener que ocuparse de sus padres y de nosotros, los abuelos. Pobrecito. Ya puede aprovechar bien el tiempo y salir espabilado.
- Lo mismo que el nuestro. Es lo que hay. A mí a veces me da pena pensar en su futuro, pero entonces también pienso que algo se le ocurrirá a nuestro Gobierno. Menos mal que también estáis vosotros para echar una mano.
- Sí, menos mal –respondió Carmen, mientras miraba a esos niños solitarios, que crecerían perfectamente adiestrados para ser tan productivos como escasamente humanos.

\+ + +

Daniel le daba vueltas a lo que le había dicho el coyote, el corrupto miembro de la *PolCiv* que les ayudaría a salir del país. Caminaba con determinación hacia el muro donde habían convenido dejar la señal por el pago del servicio. Eran media docena de krugerrands de media onza, que debía adelantar como garantía. El precio total de la libertad era docena y media. Cosas de la oferta y la demanda, siendo mayor ésta que aquélla. La otra media docena la pagaría cuando se determinase el día de la operación, y la última al embarcar o al pisar territorio foráneo, según el modo de huir por mar o por tierra, sin que los perros de uniforme verde y costuras plateadas se percatasen. Todo muy detallado, a pesar de no firmar ningún contrato.

¿Se podía fiar de él? El buen nombre y la fama en las actividades ilícitas son algo importante, aunque no lo sea tanto como la marca registrada en los negocios lícitos. Esa fama tiene su consideración y es valorada en el mercado, por negro que este sea. Para captar más clientes, el buen profesional precisa del rumor, de la recomendación boca-a-boca, que fluye desde los clientes satisfechos –quienes ya habían gozado de la calidad del servicio- hacia quienes ansiaban ese mismo servicio. No obstante, el peor obstáculo para la expansión del negocio es que el círculo de clientes tampoco puede crecer demasiado, ya que la probabilidad de ser detectado por las autoridades va incrementándose con él.

En el fondo es como el trabajo de los otros coyotes, esos que ayudan a traspasar fronteras sin papeles, aunque para entrar en vez de para salir. Como el de los coyotes normales, que traen inmigrantes en vez de llevar emigrantes. Pero en aquel país no había coyotes normales. Aquí, los que controlan las fronteras no son quienes vigilan para que no entren inmigrantes, sino los que escudriñan desde dentro para que ningún joven emigre sin licencia. Nada nuevo por allí. Al parecer ya lo intentaban hacer cuando los mozos escapaban hace casi dos siglos, con el propósito de evitar ser enviados como carne de cañón a las guerras coloniales de los tertulianos de casino … Otra vuelta de la historia como farsa histriónica.

Si lo capturaban lo pasaría mal. De entrada, podía ser condenado al triple de tiempo de Servicio Cívico, pero como mediaba soborno a un funcionario público, la pena podría elevarse hasta a un quíntuplo en un establecimiento cerrado, y no en cualquier establecimiento. Los peores eran los instalados en el interior, lejos de la costa. Establecimientos cerrados y, por encima, aislados. Eran pequeños islotes de vida humana, sostenidos de esa artificial manera, todo

para afirmar luego que esos distritos permanecían poblados por ciudadanos en pleno ejercicio de sus derechos. Es un decir por ancianos sin perspectiva de futuro, al cuidado de jóvenes castigados como rebeldes e insumisos. Por cierto, que los allí condenados eran privados de todo derecho. No podían votar ni ser miembros de jurados. Pero a quién le importaba esa tontería una vez perdida ya la libertad y desperdiciada la juventud.

No tenía otra opción mejor. Había que arriesgarse. Ese oro no era nada comparado con librarse de aquel oscuro horizonte que habían diseñado para él en el *Senilatus*. Así le llamaban por lo bajo los jóvenes al gerontocrático Parlamento. No era justo, pero tanto daba. También en el Senilatus había legisladores que comprendían que no era ecuánime castigar indefinidamente a los jóvenes presentes a causa de los errores y omisiones que otros habían perpetrado durante su pasada juventud. Eran minoría, claro, pero lo cierto es que había diputados que se oponían a la ola dominante que sobrevivía más cerca de su personal ocaso que de su amanecer. No obstante, la mayoría ya no oteaba otra alternativa, tan sólo ganar tiempo hasta el postrer estertor. Resistir para nada, que es una forma de perder todo sin sentido cuando ya no hay salida.

La niebla envolvía la ciudad. Apenas quedaba gente en las calles. Las nieblas son terribles para los huesos, incluso para los huesos de un país. Miró hacia la granítica catedral medio deshilachada, remendada con lonas que cosían sus agujeros, con su fachada engullida por la derrota. Ella, que fue silente testigo de siglos crueles aunque esperanzadores, asistía vencida a la agonía autogenocida del viejo pueblo que la había erguido siglos atrás, como gloria del país para mayor gloria del Señor.

Las húmedas piedras reflejaban una luz crepuscular. Se metió por la callejuela más discreta, la que recorre pegada al muro del viejo seminario, y allí decidió mirar por última vez las monedas de oro. Estaban envueltas en una bolsa de paño negro, y cada una de ellas en un pañito de fieltro, también negro. Así no tintineaban. Abrió la bolsa y uno de esos pañitos, y el oro refulgió como un diminuto sol bajo la luz de un hambriento farol. De repente sintió que alguien vigilaba. Él hizo como si se sonase y guardó el Krugerrand envuelto dentro de la bolsa, para luego meterla en el bolsillo. Se giró y no vio a nadie, excepto una sombra oscura que se volvía a camuflar en la penumbra. Entonces decidió dar un rodeo antes de encarar el muro en el que debía dejar la bolsa con las monedas. Aceleró el paso sin echar a correr. Salió de la callejuela y giró a la izquierda en vez de seguir de frente. Continuó cuesta abajo y después a la derecha, en

paralelo con la calle que desemboca en la gran plaza a la que daba la puerta principal de la catedral.

Aguardó un poco a subir hacia la plaza por otra dirección. No veía a nadie. Las casas vacías del entorno ya habían dejado de cumplir su función original y únicamente eran un decorado para turistas y etnógrafos, que venían a documentarse para sus tesis doctorales, antes del hundimiento definitivo de una cultura otrora fecunda.

Prosiguió. Nadie. Paraba súbitamente por si algún paso en falso lo delataba ante quien le vigilaba. Tampoco. Aun así prefería pecar de prudente. Llegado a la altura de las segundas escaleras que conducían a la plaza, las tomó tan pronto como estuvo a su altura. Subió los escalones de dos en dos y, en vez de enfilar directamente a la plaza, hizo un requiebro hacia el callejón de la derecha y corrió cuanto pudo, pegado a las casas igualmente vacías. Allí ya no había luz. Se detuvo conteniendo el aliento y desde esa posición sí vio correr a alguien a toda velocidad hacia la plaza. La oscura sombra le perseguía. Dejó pasar unos segundos y continuó apurando hasta salir del callejón, para subir después por otras escaleras que lo dejaron en una placita, que también atravesó caminando a zancadas, hasta que se topó con un vehículo de la PolCiv. Decidió continuar. La oscuridad y la niebla no habían delatado su cara enrojecida y sudorosa. Los de la PolCiv permanecían huraños y somnolientos dentro de su vehículo. Uno de ellos le dirigió una rutinaria mirada de hastío. Se adelantó pues hasta perderse en el laberinto de calles y callejones de la ciudad vieja. Tomó aliento e intentó pensar.

Tenía sed y hambre, pero sobre todo sed. Buscó un bar discreto. Ni vacío ni muy lleno. Fue hacia el fondo del local, se apoyó en la barra y aguardó.

- ¿Qué va a ser?
- Una cerveza. Negra.
- ¿Bien fresca, verdad?

El camarero se percató de su apuro. Era evidente. El sudor le caía por la nuca y tenía el rostro empapado. Había que mantener la calma. Estaba huyendo de un fantasma metido en su cabeza, que son los peores. Tenía miedo. Podría ser un confidente de la PolCiv. ¿Pero cómo? ¿Cómo podría saberlo? Aguardó un buen momento y tres cervezas más para volver a salir. No vio nada fuera de lo normal y decidió olvidar el anticipo del coyote para irse a dormir, aunque siguiendo una ruta distinta de la más corta. Concluyó que era una tontería, porque todo podía

estar grabado, aunque al no haber superado los límites marcados por sus órdenes de servicio no saltaría ninguna alarma.

Llegó a casa. Carmen no estaba. Había dejado una nota. Bebió vino tinto del tonelillo. Se desnudó y se echó en la cama. Entonces llamó a Carmen.

- Hola mi reina.
- Hola, mi reino.
- ¿Te han puesto refuerzo?
- Sí, me lo han puesto. Un fastidio.
- ¿Y cómo te ha ido el día?
- Bien, bastante bien.
- Pues te noto algo apesadumbrada. ¿Ha sucedido algo malo?
- No, nada. Al parecer tenemos que pasar unos controles de salud. Todo normal. Nada más. Pero a mí no me gustan esas pruebas. Ya las odiaba de niña. Y tú, ¿has dejado el paquete?
- Claro –mintió Daniel; no quería dar explicaciones que otros pudieran oír.
- Entonces paso por ahí tan pronto pueda.
- Mejor no. También me han puesto un servicio extra, y además aún no he ido a visitar a mis viejos.
- Dani, ¿qué te ha pasado? –dijo Carmen al intuir que algo anómalo sucedía.
- Nada, nada serio. Mejor hablamos mañana, en el mismo sitio y a la misma hora que hoy. Ya sabes lo del teléfono.
- ¿Estás enfadado conmigo por lo que te conté? –preguntó Carmen, preocupada por la noticia sobre su embarazo y su rotunda negativa a salir del país.
- No, nunca podría enfadarme contigo, y menos por eso. Es por mí. Pero mejor lo hablamos mañana.
- Muy bien. Un beso. Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?
- Lo sé. También yo. Otro beso, reina mía.

Acostado, sin poder dormir. En la oscuridad todo cobra otra dimensión. Los temores, las pesadillas, las angustias, … Pese a su cansancio no podía dormir. ¿Quién lo habría seguido? ¿Fue real o imaginario? No, fue real. ¿Pero quién? Nadie lo sabía. No, nadie no. Alguien. Carmen, su padre, la abuela, … y también el coyote, o cualquiera a quien se lo hubiera contado el coyote. Un socio, por ejemplo. ¿Y si no trabajaba solo y algún subordinado quisiera robarle para sacar mayor tajada? ¿Qué le diría? Tal vez debiera haberse arriesgado.

Dejar la bolsa en el muro y aguardar para ver quién la recogía. Sí. ¡Cómo no se le había ocurrido! Pero en el medio de tantas cábalas nocturnas recordó que se había saltado la visita al señor Dosil. A los otros ancianos no les tocaba hasta por la mañana, pero Dosil era especialmente maniático. Seguro que ya había dado parte. Eso comportaba una penalización de servicio. Total, el viejo sólo lo quería para charlar y recoger un poco la casa, nada más. No se encontraba tan mal para sus 89 años, pero era de esos a los que les gusta fastidiar. Había sido funcionario del Gobierno y se le notaba. Tanto daba. Poco le podía angustiar una pequeña falta cuando estaba pensando en quebrantar una ley superior y más injusta, y aun maquinas por encima sobre cómo convencer a tu novia de que aborte y huya contigo, pero ella no quiere una cosa ni la otra por una cuestión sentimental. Todo se complica. Todo se complica.

Sonó el teléfono. Eran las 4:20 de la madrugada. No reconoció el número. Era nuevo. Por tanto debía ser él.

- No has dejado lo convenido en el hueco del muro.
- No, no he podido. Alguien me siguió –respondió Daniel aún medio adormilado y legañoso.
- Entonces la cosa queda así. Has hecho algo mal, eso sin duda. Lo siento por ti y por tu chica.
- No, no. Espere.

Daniel oía su respiración. Era profunda y aterradora. Ese silencio era peor que una amenaza explícita.

- Espere. No volverá a suceder. Se lo juro.
- ¿Quién corre más riesgo? ¿Tú o yo?
- Usted, supongo.
- ¿Y crees que esto que me has hecho te va a salir gratis? Yo sí que he ido hasta el muro.
- Perdóneme, por favor. No volverá a suceder. Es que creí que me seguían.
- Pues si te siguen no eres un buen cliente. No has entendido nada y tampoco haces caso de los consejos que te di en su momento. Dejémoslo aquí. Punto y final.
- No, no. Necesito salir.
- ¿Pero no erais dos? ¿Y tu novia?
- Sí, somos dos. Iremos los dos.
- ¿Quién aportó el oro? ¿Tú o ella?
- Ella y yo.

- Mientes. A mí no me puedes engañar. Soy especialista en mentirosos y tú no sabes mentir.
- Lo pusimos a medias. Es un préstamo. Por favor, ayúdenos.
- El fallo de hoy hace subir el precio.
- No podemos. Ya fue milagroso reunir esto que tenemos. Hagamos una cosa, ¿eh? Otra solución. Adelantamos la mitad en vez de un tercio y la otra mitad cuando usted diga, siempre que tengamos garantías de salida. ¿Conforme?
- Ya hablaremos.
- ¿Cuándo?
- Lo sabrás a su debido tiempo. Tu error no sólo te afecta a ti, ¿sabes? Hay más gente en esto. Gente que se juega demasiado. Corremos un gran riesgo y tú eres un chalado.

Había colgado. Daniel quiso gritar de impotencia. Aquello era una tortura. Había más gente en esto. ¿Qué querría decir? ¿Socios? ¿Secuaces? La sombra, ¿sería alguno de ellos o un ladrón ajeno a todo esto? Ya no soportaba ese suplicio, ese sentirse como un buey uncido a un carro sobre el que cargaban cada vez mayor peso, para ir tirando en un camino empinado que únicamente conducía a un gran precipicio sin fondo.

Ya no valía la pena dormir. Demasiado tarde para hacerlo y demasiado temprano para levantarse. Decidió levantarse, desayunar con tiempo y salirle al paso a Carmen.

\+ + +

Las calles estaban llenas de miseria, como de costumbre. Ya nadie las recogía ni las limpiaba. No era prioritario ni había con qué pagar dicho servicio. El sol quería abrirse paso entre la persistente niebla, tan espesa como mustia. Los bajos de los decrépitos edificios de la otrora parte nueva de la ciudad permanecían abandonados y con sus escaparates rotos y oscuros. Maniquíes amputados contemplaban la decadencia. No se veía a nadie, excepto una patrulla de la omnipresente PolCiv, que efectuaba sonámbulas rondas para justificar su opresora existencia.

Cuando llegó a la altura del portal de la casa de Carmen se metió dentro. La cerradura no funcionada y nadie quería arreglarla. Faltaban unos minutos para las 7:30 y estaría a punto de salir, para realizar las visitas reglamentarias a sus ancianos, antes de ir al domicilio del que residía cerca de la biblioteca central, donde ojeaba textos para su tesis. *La quiebra del futuro: ¿cuándo se estropeó nuestro país?* Ese era el título que él le había sugerido con escasa fortuna. Era la rutina diaria. A ella le gustaba cierto orden.

Al otro lado de la calle, una pantalla oficial iba emitiendo información. Información propiamente dicha no era, porque la verdadera consiste en difundir lo que el poder desea ocultar. Aquella debía ser sabida, siempre a criterio del Gobierno. Eran más bien comunicados que interesaban ser conocidos, memorizados, interiorizados. Propaganda del Ministerio de Propaganda. Hay que llamar a las cosas por su nombre. Los eufemismos son la peor clase de corrupción. Según el Gobierno todo iba de maravilla. Durante la víspera habían nacido más niños en el país que anteayer, exactamente dos más, aunque también habían fallecido 677 ciudadanos más que los nacidos en su lugar, y todo gracias al Gobierno. Siempre gracias al Gobierno, que tanto vela por nosotros. Más futuras espaldas para tirar del granítico país y menos gente sin energía de la que tirar. Genial. Todos esos 677 fallecidos habían muerto soberbiamente atendidos por el Instituto de Nuestros Mayores (INUM) y, cómo no, por el abnegado Servicio Cívico (SerCivic). Bravo por el SerCivic. Sangre nueva para nuestro país. Transfusión inútil a un cuerpo exhausto. El Ministerio de Propaganda –literalmente, Secretaría del Portavoz del Gobierno- nada decía de los ancianos desnutridos que hacían cola muy temprano para desayunar caliente un poco de achicoria, pan de varios días y sucedáneo de mermelada en los comedores del SerCivic, ni de los que tenían que arreglarse con unos paños en vez de con un decente pañal de celulosa para no mojar el colchón, o de la legión que andaba desdentada e intentaba masticar cuidadosamente con sus reviejas y callosas encías.

Por su parte, los anuncios que intercalaban con los comunicados hablaban de recursos y servicios públicos. Pero de todos ellos, el que más le llamó la atención fue el de la Agencia Nupcial oficial (AgNup): Un joven y una joven, íntegramente vestidos de blanco, dando vueltas en su respectivo cajón negro, como si fuesen alterados ratoncitos de laboratorio, con música desafinada y caótica. En la siguiente escena, los cajones son aproximados por dos manos que los empujan hasta que se tocan pared con pared. Comienza bajito un vals vienés. Luego, una fuerza sobrenatural envuelta en la bandera de *Progeria* abre un

boquete en esas paredes pegadas y la joven-ratoncita pasa al cajón del joven-ratoncito. Este cajón muda del negro al rosa y crece, hasta convertirse en un apartamento bien elegante. Sube el vals. La joven besa al muchacho y, en un abrir y cerrar de ojos, aparece una foto fija de un bebé ratoncito besado a su vez por sus felices progenitores.

<<Unimos corazones.

Gestamos el futuro.

Hazlo por tu país.

Gobierno de Progeria>>

Eso ponía el cierre del anuncio, junto con el patriótico escudo de una patria sin padres, mientras se desvanece el vals y comienzan los acordes del sagrado himno patriótico. Un himno que habla de seres mitológicos para un futuro incluso más mitológico.

Oyó una puerta que se cerraba unos pisos arriba y enseguida identificó el canturrear de su reina. En su seno crecía esa criatura que complicaba la huida. Cuando ella lo vio, su cara se transformó con una sonrisa radiante y hermosa.

- Daniel, ¿llevas mucho tiempo esperando? ¿No tenías servicio hoy?

El se allegó a besarla y le cogió la cara con sus gélidas manos.

- Sí tengo, claro que tengo, pero no he conseguido dormir durante la noche.
- ¿Por qué?
- Porque te mentí para no preocuparte, pero no me sienta bien mentirte. A ti no te puedo mentir.
- No será nada importante, ¿a que no? Venga. Vamos de camino hacia mi primera viejecita y me vas contando. Quiero terminar temprano para trabajar algo en la tesis y comer juntos si podemos.

Su impulso era asirlo de la mano y se la tomó, pero de inmediato se percató del error, ya que no era muy aconsejable a la vista de todos. Cuanta menos gente supiese que eran pareja, tanto mejor.

- ¿Qué ha sucedido entonces? Cuéntame, mi sol.

Él tomó aire. El insomnio no le permitía ordenar sus ideas.

- Verás, ayer no pude dejar el oro convenido en el lugar acordado.
- ¿Cómo?
- Habla más bajo. Hay que tener cuidado por si nos oyen. No pude porque alguien me seguía. Pero no te preocupes, tengo todo el oro a salvo y ya he hablado con el coyote.
- ¿Y qué te ha dicho?

Él se cayó. De repente comprendió que la verdad no siempre es buena consejera, sobre todo en asuntos de pareja.

- Me ha dicho que teníamos otra oportunidad, pero que nos iba a costar algo más.
- ¿Teníamos? Ya lo hablamos ayer. Ya lo hablamos ayer, Daniel. Huyes tú primero y cuando tenga a nuestro hijo buscaremos cómo hacer para seguirte. Es lo mejor.

Daniel la agarró por un brazo y la introdujo en la entrada de un local que había sido un club social ya desaparecido.

- Escúchame. Tenemos que salir los dos. Si no quieres abortar aquí me da lo mismo, ya lo haremos fuera, pero no podemos iniciar una nueva vida como ilegales sin papeles y con un niño a la espalda. ¿Es que no lo comprendes? De entrada no tendríamos ni un seguro médico para que naciese en un hospital. ¿Qué haríamos entonces?
- Por eso quiero quedarme aquí. Aquí todo eso es gratis, es de lo poco que queda gratis.
- Está bien claro por qué.
- ¿Y por qué?
- Pues porque les interesa a los que nos explotan y sólo nos quieren como si fuésemos bueyes, vacas, conejos y conejas, no como personas libres. Por eso todavía es gratis parir. Y también por eso es mejor abortar aquí y luego huir los dos juntos. Es lo mejor, lo más sensato. ¿Comprendes?

Ella le miraba como si no lo reconociese. Ya no le parecía su Daniel, el joven idealista y algo atolondrado, lleno de grandes proyectos y esperanzas. Ahora le parecía medroso y débil, ahogado por una marea que lo engullía.

- Pero piensa, Daniel, piensa. ¿No acabas de decir que te piden más oro para sacarnos del país? Pues no sé de dónde lo quitaríamos. Ese que te entregué ayer fue reunido de milagro. No le puedo pedir más a mi padre. Por lo tanto únicamente alcanzará si huyes tú solo. Además, ¿no ves que

este niño es nuestra particular alianza? Nuestra, no suya. Ellos querrán apropiársela pero tan sólo es nuestra. Y por seguirte el argumento, ¿dónde quieres que aborte? Persiguen el aborto como perros en celo. ¿Y cuánto costaría? No debe ser barato, visto lo que hacen con los que se dedican a ese negocio. Mira, ya lo hemos hablado. Yo no puedo irme por ahora, no quiero irme ahora y no me voy a ir ahora. ¿Te ha quedado claro?

Carmen salió rauda y malhumorada de la esquina en la que se encontraban.

- Tengo prisa. Mi viejecita de las ocho me aguarda.

Él quedó totalmente desconcertado. Le costaba creer la firme determinación de Carmen. Su dulce Carmen. Enseguida reaccionó y corrió tras ella.

- No te enfades, mi reina.
- No me enfado, pero es que tú no quieres asumirlo. Estás obsesionado por salir de aquí, por dejarlo todo, y para mí no es tan sencillo. Tengo cosas que me atan y necesito tiempo para hacerme a la idea.
- Pero el niño te va a atar más a todo esto, a esta Tierra donde sólo nos quieren para limpiar pellejos arrugados y a la que tanto le da lo que vaya a ser de nosotros tras malgastar así nuestra juventud. Si estamos de acuerdo en que aquí no hay futuro, no podemos desperdiciar lo mejor de nuestra vida y suicidarnos con ellos. Tenemos derecho a tener una vida propia, a disfrutar de ella, como antes hicieron estos que ahora nos explotan.

Carmen se detuvo y lo miró a los ojos.

- No sé, Daniel. Para mí el futuro es este niño. No quiero pensar más allá, tan lejos. Este niño nuestro es el futuro concreto, no ese abstracto que tú dibujas.
- ¿Y quieres que el niño padezca esta misma vida asquerosa que nosotros? ¿Piénsalo? Ya consiguieron que fuese imposible comprar anticonceptivos, como cuando ellos eran jóvenes. Nos quieren como si fuésemos puercos cebados o, mejor, como esos lemmings, para que les solucionemos el desastre que ellos provocaron y no quisieron atajar. Mientras nos tengan como esclavos no podemos regalarles aún por encima a nuestros hijos para que también los esclavicen.
- No sabes lo qué dices. Necesitas dormir. Tengo prisa. Ya hablaremos.

Daniel se quedó emocionalmente atorado. Jamás la había visto así desde que iniciaron su noviazgo, hacía poco más de un año. Ya no sabía qué decirle de nuevo para hacerla recapacitar.

- ¿Me das un beso? –le rogó él-. Si tú quieres renuncio a todo y nos quedamos aquí para siempre.

Ella sonrió. Se introdujo en la entrada de un destartalado garaje sin uso y lo llamó con un explícito gesto de la mano.

- No, no tienes por qué renunciar. Porque yo te quiero del mismo modo. Únicamente me tienes que dejar aire para respirar.

Y lo besó con pasión y deseo, para marcharse de inmediato y despedirse.

- Mi viejecita me espera. Hablamos para comer.
- Te quiero –añadió él con voz muda para que nadie lo oyese.

\+ + +

Daniel cambió de dirección. Tenía que ir a la casa del señor Dosil antes de que diese parte. Ya le había sucedido otras veces, y si conseguía llegar antes de la hora de levantarse, el viejo se daba por satisfecho con una simple reprimenda.

Llevaba consigo la llave del domicilio del anciano, igual que llevaba las de los restantes que tenía a su cargo. Era una de las obligaciones que le imponía el reglamento mientras estuviese movilizado y adscrito a ese servicio especial que, por otro lado, al menos le permitía gozar de cierto margen de libertad. Abrió muy despacio, por si acaso estaba dormido y así poder engañarlo con la historia de que llevaba allí un montón de tiempo. Caminaba sigilosamente hacia el dormitorio. Sólo lo traicionaron unas tablas que crujían a causa de su edad. Se deterioraban como los huesos con el reuma y como las articulaciones de las manos y las piernas con la artrosis.

Cuando llegó al dormitorio abrió la mano izquierda y la posó sobre la puerta, mientras giraba su pomo con sumo cuidado. No quería despertarlo. Echó un ojo, pero la cama estaba vacía. Daniel se asustó. ¿Y si había dado la alerta y vinieron a por él? ¿O si había salido?

- No –pensó-, salir no.

No podía bajar los escalones hasta la calle y, además, el ascensor llevaba años sin funcionar. Tal vez podría haber gritado desde la ventana y acercarse un vecino para llevárselo. Tampoco. En casi todo el edificio tan sólo quedaban ancianos tullidos, como acontecía en prácticamente todos los restantes de la manzana, que en otros tiempos, hacía de eso tantos años, había sido una de las mejores de la ciudad. Lo sabía porque lo comentaban los diversos muchachos que se encontraba en las escaleras y que también acudían a realizar el mismo tipo de servicio. No, lo más lógico era que aún estuviese en el piso. Respiró profundamente para tranquilizarse. No le convenía ningún problema de esta naturaleza cuando urdía planes para huir. Un traslado a otra ciudad, o peor, a un pequeño pueblo, o a una de las escasas pero mortecinas aldeas que todavía quedaban, terminaría con sus opciones. En los lugares pequeños la organización delegaba en los ayuntamientos y éstos eran especialmente vigilantes, para poder exprimir todo el zumo de los jóvenes que les suministraba el SerCivic.

- Señor Dosil. Soy Daniel –dijo con una voz ni alta ni baja.

Nadie respondía. Entonces pensó que quizás se había quedado dormido esperando por él sentado en el salón, o incluso que hubiera ido a acostarse en alguno de los restantes dormitorios de la amplia vivienda. Así que comenzó su silencioso peregrinaje por el gran y mohoso salón, lleno de piezas de porcelana y retratos amarillentos en marcos de plata, sin traza ya de su homónimo color. Aquella estancia le daba pavor a causa del tétrico óleo de la fallecida esposa del anciano, escuálida, seca, altiva, y de los sofás polvorientos, desteñidos y raídos, de la alfombra descolorida y deshilachada, de los muebles de barniz sorbido por el sol. Allí no estaba.

Pasó a la biblioteca. Tampoco le gustaba. El último libro se había adquirido hacía más de treinta años. Una reedición de *El síndrome Ñ*, se titulaba. Un asqueroso panfleto patriótico que proponía, entre otras cosas, la creación del SerCivic, para soportar el envejecimiento del país. Lo sabía porque había consumido muchas horas allí a falta de otro entretenimiento, mientras el anciano se quedaba adormecido o perdía horas en el aseo. La mesa estaba desordenada como de costumbre. El zorro disecado sobre una repisa, junto al orejero de cuero cuarteado y marchito, que era el lugar preferido de su dueño. Pero no se encontraba allí.

Husmeó en los otros cuartos, los cuartos amueblados y siempre vacíos. Vacíos permanecían, sin rastro del propietario de la casa.

Entonces pensó lo peor. Corrió hacia el baño principal. Abrió la puerta y ésta tropezó con algo. Empujó. Allí estaba, tumbado en el suelo. Blanco. Respirando agónicamente. Quejándose de dolor.

- Señor Dosil. No, pobre …

Lo incorporó. Pesaba como un gorrión, a pesar de que había llegado a medir casi un metro noventa durante su edad de esplendor. Lo llevó a su dormitorio y lo acostó sobre la cama. Estaba mojado. Se había orinado por él y un hilo de baba le caía por la barbilla y la garganta, hasta el cuello de la camisa del pijama. Sintió lástima por él. Lo cubrió con una colcha y avisó inmediatamente a emergencias.

- SerCivic emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?
- Soy Daniel Frende Zolle, SerCivic Ñ19775283, en acto de servicio. Manden con urgencia una unidad médica a Castro 32 tercero. Posible infarto cerebral.
- Entendido. Ya sale la unidad. Usted aguarde ahí.

¿Y si comprobaban el cuadro de servicio? Sólo Dios sabía cuántas horas llevaba el anciano allí tirado. ¿Qué explicación daría? Resultaría sospechoso que estuviese en la vivienda cuando ya no era obligatorio permanecer en ella. Él no hablaba. Tal vez ni sobreviviría. A esas edades … Además, corría el rumor de que en estos casos tampoco se preocupaban demasiado por ellos. Total, para qué. Una carga menos.

Los sesos le hervían. No todo podía estar bajo control. La noche previa huyendo de fantasmas y ahora este contratiempo. Si el señor Dosil moría o era trasladado a una residencia del interior, en pocos días le asignarían otro usuario al que atender. A ver cómo sería. Este era un pelma, pero no mala persona. Hasta en una ocasión le había dicho que comprendía a los jóvenes, que si él fuese joven huiría a la carrera de aquel lugar condenado a la senescencia, donde mirando desde una pequeña colina se podía ver una deteriorada pero dominante marea humana completamente desplomada.

Lo escudriñaba mientras lo limpiaba y mudaba. Él intentaba decir algo pero sólo emitía tenues quejidos, hasta que con el índice retorcido apuntó a la fotografía de la cómoda, en la que posaban su esposa y un niño, seguramente su único hijo, que había muerto en Nueva Zelanda una década atrás. Se la acercó y con la mano que todavía podía mover la puso sobre sus labios.

Llegaron los de emergencias. Fueron raudos. Un recién titulado en medicina y dos asistentes. Todos movilizados, como él.

- ¿Qué tenemos aquí? ¿Otra baja en el censo de un matusalén? Caen como moscas. A este ritmo pronto nos libramos de tanto viejo y nos dedicamos a otras cosas más provechosas.
- Aún está vivo. Creo que debe ser un infarto cerebral o algo parecido. Lo digo porque ya he visto unos cuantos desde que entré en el servicio.
- ¿Habla? ¿Cómo se llama?
- No, no habla. Se llama Dosil.
- Muy bien. A ver, señor Dosil, deme eso –ordenó el joven médico del SerCivic, mientras le intentaba retirar con buenas maneras la fotografía enmarcada que tenía sobre la cara.

Pero el anciano no soltaba la fotografía. La agarraba con tanta fuerza que incluso parecía que se iba a ahogar contra ella.

- ¿Qué tiene ahí? –le preguntó el médico a Daniel.
- Es un retrato de su esposa y su hijo. Los dos murieron hace tiempo.
- Ya veo. Todo muy sentimental. Pero tengo que echarle un ojo antes de nada. Es el protocolo, ¿sabes?
- Pero, entonces, ¿no podéis trasladarlo así al hospital? Al fin y al cabo es lo mismo.
- ¿A qué hospital? Tú estás un poco alelado. Cómo se nota que no sabes cuánto cuesta un simple ingreso hospitalario. Así estamos de arruinados y no levantamos cabeza. Si no hay nada que hacerle pues no hay que hacerle nada. Venga, vamos a retirarle esa foto de la cara y a echarle un vistazo.

Así lo hicieron. Él se revolvía, como si una fuerza sobrenatural surgiese de aquel cuerpo inválido, próximo a su final. En ese momento recibió la llamada de un supervisor.

- ¿Eres el Ñ19775283? Frende, Daniel. ¿Correcto?
- Afirmativo.
- Al parecer hay un incidente con el usuario Ñ6489756. ¿Qué ha sucedido exactamente?

Daniel se estremeció. No era bueno improvisando y con la rapidez de la llegada del equipo de emergencias ni tiempo había tenido para armar una explicación congruente.

- Pues no sé muy bien qué decirle. Me quedé dormido y cuando desperté lo encontré tirado en el baño.
- Pero aquí no consta que tuviese que pernoctar con él. No tenía reconocida esa prestación. Sólo debías asistirlo hasta las doce de la noche de ayer. ¿Qué pasó entonces?
- Es que ya no lo vi muy bien y me quedé.
- ¿Advirtió de esa circunstancia?
- No. Él no quiso. Dijo que no era nada.
- De acuerdo. Espere nuevas indicaciones.
- Conforme.

Se lo tragaron. Tal vez era culpa suya. Siempre tan dubitativo. Tomó aire. ¿A qué había venido tanta preocupación?

Volvió al dormitorio.

- ¿Cómo va?
- Ya no va. Este se consume.

Miró al pobre señor Dosil. Lo había desnudado. Le llamaron la atención sus partes. Las partes íntimas de los viejos siempre parecían más jóvenes que el resto de sus desolados cuerpos. Extraña muestra del afán de supervivencia del individuo y de la especie que, en cambio, no había brotado entre aquel pueblo sin horizonte.

- Entonces, ¿no habría que darse más prisa en llevarlo al hospital?
- No. No merece la pena.
- ¿Cómo? ¿Por qué?
- Resulta obvio, ¿no te parece? Además, ya te lo he dicho. No hay paja para tanto rumiante. Este ya no vuelve a votar.
- ¿Pero qué dices? ¿Te has vuelto loco?

El joven médico miró a Daniel con cara de sorpresa. Luego miró a los dos asistentes, abúlicos y mudos como estatuas, dando a entender que quien no regía de la cabeza era él, el atontado de Daniel.

- Aún respira. Esto es un crimen. Haz algo.
- Hazlo tú, pedazo de imbécil.
- ¿Cómo dices?

Daniel le dio un empujón al médico con ambas manos, que batió duramente contra la pared. Ni lo pensó. Los asistentes se le echaron encima y cayeron sobre las piernas del anciano, que pareció gemir como un gatito atropellado.

- ¡Dejadlo! –gritó el médico-. ¿Y a ti qué te pasa? ¿No estás harto de cuidar momias? Yo no puedo hacer más, ni pienso ir más allá de las instrucciones que me dieron. Si nos presentamos con este paquete en el hospital me lo cargan en el expediente. Mira, yo ya llevo veinte meses de servicio. Sólo me faltan cuatro para librar gracias a las reducciones, y luego ya veré qué hago. No voy a perder ni un día más de mi vida buscando problemas. ¿Comprendes? Si quieres, nosotros nos largamos, aguardas unos minutos y lo llevas tú solito por tu cuenta. A ti no te sucederá nada. Tú no eres personal sanitario y no sabes de las recomendaciones de eficiencia sanitaria.
- ¿Pero de qué recomendaciones me hablas?
- De esas que conviene acatar cuando te las cantan a gritos en la oreja y te queda bien caliente.

No podía creerlo. Tenía que ser mentira. Tantas atenciones, tanto teatro, para después dejarlos morir como ratas. Miró al señor Dosil. Sintió una pena infinita, un dolor intenso, y no únicamente por él, sino también por lo que significaba esa vergonzosa realidad acabada de desvelar sin pudor alguno. Se comentaba entre dientes, en los salones enmoquetados, en los despachos, incluso en los corredores del Parlamento-Senilatus, pero no era igual que certificar esa miseria moral. Sintió asco por vivir en una atmósfera tan podrida y asquerosa, que hedía a descomposición y colapso. Daniel no era de los que lloraban, pero el pesar por el futuro que les aguardaba a todos los que simplemente se conformaban con esa genocida huida hacia el abismo le inundaba de tristeza.

Fue a la cocina. Bebió agua. Se sentó. El reloj estaba parado. Tanto daba. En aquel país el tiempo tenía otra naturaleza. Era más espeso y pegajoso. Era un tiempo más geológico que biológico. Por eso había llegado a esta situación. La masa ordenó salir en búsqueda de este resultado colectivo. Nadie les había empujado ni tirado de ellos. Cansado, Daniel apoyó los brazos sobre la mesa y la cabeza sobre los brazos.

- Ya está. Nos vamos.

Habían transcurrido unos minutos. Lo habían despertado confuso de la breve cabezada, con la borrachera propia del insomne que cae por unos instantes en la inconsciencia.

- ¿Os lo lleváis? Voy con vosotros.
- No. Ya ha muerto. Tú espera a que lleguen los del juzgado. Nosotros tenemos otro aviso. ¿Te encuentras bien?

Lo miró a los ojos. Tenía ojos de zorra. Asintió.

- ¿Quieres una píldora para encontrarte mejor?
- ¿Acaso tienes píldoras *soma*? Qué afortunado.
- ¿Qué dices? ¿Qué es eso del *soma*? [2]
- Nada. Cosas mías.
- ¿Quieres o no?
- No, gracias. Prefiero una dosis de realidad, aunque sea amarga.

Sólo se levantó cuando el trío de la muerte, el trío de la renovada *Aktion T-4* ([3]), abandonó definitivamente la vivienda. Fue entonces junto al señor Dosil. Ya estaba comenzando a enfriarse. Lo cubrió con la colcha. Sollozó y miró al suelo. Vio el resto del envoltorio de una jeringuilla. Ni se habían molestado en recogerlo. La delatora vaina de la bala de gracia. ¿A quién le iba a importar un viejo solo? Tampoco en las guerras hay homicidios ni asesinatos. El código penal queda en suspenso. Todo legal, todo inmoral.

Nada quedaba del señor Dosil, únicamente un cuerpo decrépito y otros objetos inanimados. Nadie lo recordaría. Nadie lo lloraría. Tan sólo permanecería unos días en la memoria de un joven ajeno y decidido a desertar de aquel escenario desolado, precisamente para olvidar e iniciar otra vida, una vida compatible con la esperanza.

Llegaron los del juzgado. Los habrían avisado los sanitarios. Les contó lo que había sucedido. Ni se inmutaron. Justicia ciega, sorda, muda. Nuestro pan de cada día. Con ellos venía gente para cargar con el cadáver.

- ¿Os ayudo a vestirlo?

Los porteadores se rieron.

- ¿Y para qué? A donde va no precisa ropa, ¿no crees?

No la necesitaba. Nacemos desnudos entre el dolor del parto y entre el dolor de la agonía terminamos también desnudos. En medio, únicamente hay algo de fugaz alegría, unas gotitas, y demasiado en exceso de todo aquello que poco o nada vale.

---

[2] *Soma*: Droga descrita por *Aldous Huxle*y en su novela "*Un mundo feliz*" ('*Brave New World*'), suministrada por el poder establecido para superar las depresiones y las penas. En ese mundo feliz la reproducción es asexual y está controlada por el poder en criaderos, donde se crean los embriones precisos.

[3] *Aktion T-4*: Programa eugenésico nazi para asesinar en secreto a niños y adultos con enfermedades incapacitantes para la producción o el esfuerzo bélico. Su más destacado opositor al conocerse dicho programa genocida fue el obispo de Münster, Clemens von Galen.

Se fue. Un funcionario se le allegó y le pidió que firmase como testigo.

- ¿Y sobre qué tengo que dar testimonio?
- Pues sobre cuánto ha sucedido.
- No sé. Estaba mal, pero vivo. Llegó un equipo médico del SerCivic. Me mandaron salir. Me dijeron que había muerto. Después encontré el envoltorio de una jeringuilla. Supongo que le habrían inyectado algo. No creo que el médico ni sus dos asistentes se inyectasen a sí mismos.
- Muchacho, ¿sabes qué estás diciendo?

Daniel miró al techo. Las manchas de humedad parecían nubes de una tormenta amenazadora.

- No, no sé lo que digo, pero esa es la verdad.

El funcionario judicial quedó sorprendido. La verdad. La verdad es un arma revolucionaria y, por eso, peligrosísima. Más revolucionaria es aun ante la justicia, por lo que ésta resulta deliberadamente tullida.

- ¿Firmas o no? Si no firmas te llamarán a declarar en el juzgado. Formalidades, ya sabes. Pero tú eliges, este es un país libre. Lo malo de las formalidades es que comienzan un día, pero nunca sabes cuándo ni cómo terminan.

Daniel firmó. Testigo de una muerte natural. Testigo de un certificado oficial que certifica médicamente una muerte natural. Absurdo. Pero todo casa. Toda va como tiene que ir, por su carril.

- Ahora tienes que largarte. Vamos a hacer el inventario y precintar el inmueble. Otra herencia para el Gobierno que nadie querrá. No hay quien compre tanta propiedad y tanta morralla.

Daniel salió. Por un instante pensó que desertar era traición. Pero, ¿es traición preocuparse por uno mismo cuando ya capituló el alto mando? Lástima de país. Si lo pudiese salvar el sacrificio de un joven … No, también sería estéril. Esa conclusión lo reconcilió con su determinación de huir de la jaula y no volver la vista atrás.

Aún estaba a tiempo para ir a la casa de la anciana que tenía asignada reglamentariamente aquella mañana, no muy lejos de allí. Fuese por el sueño, fuese por la impresión de lo acontecido, o fuese por la preocupación, todo le parecía irreal. En la calle un río de gente se dirigía al Parlamento. Lo hacían todas las semanas, por lo menos una vez. Otras, dos o tres veces. Eran jubilados

todavía vigorosos que no cobraban puntualmente, discapacitados sin ayudas para subsistir, viejos al pairo … Difícil que así fuese, que cobrasen lo debido cuando doblaban en número a los trabajadores y el país tenía que arreglárselas solo, después de que se hubiera decidido que cada miembro de la Federación se responsabilizaría individualmente de sus necesidades sociales.

Siempre hacían lo mismo. Sólo que aquella vez Daniel lo veía de otro modo. Veía gente doblada, encogida, llena de rabia. Veía gente orgullosa de ignorar la historia y también la simiente de aquel pasado no tan lejano, donde los tanatorios seguían siendo más rentables que las guarderías, donde se utilizaba más madera para hacer ataúdes que en amueblar casas de nuevas parejas, donde los parques geriátricos superaban en número a los parques infantiles, y donde se vendían más pañales para ancianos que para niños.

Los antidisturbios de la PolCiv tomaban posiciones. Su uniforme verde oscuro con hojas de roble cruzadas y de color verde fluorescente, intimidaba. Eran musculosos y estaban bien nutridos. Eran indispensables para defender eso que denominan "*el orden*" y que, en realidad, sólo es el *statu quo*, que nada cambie. Por eso, y porque los pretorianos siempre tienen que gozar del mejor rancho y de puntual paga –y hasta de un régimen de retiro diferenciado-, los que escudriñaban desde los ventanales parlamentarios se sentían relativamente seguros. En el fondo no los culpaban a ellos, sino a sus predecesores en la magistratura, porque únicamente se habían preocupado del día a día, y nunca de qué se veía por delante con absoluta nitidez. Se veía lo que ahora veían, un presente lleno de lamentos, decrepitud y colapso.

Aguardó unos minutos a que pasase la riada senil y coincidió con los que portaban el cuerpo sin vida del señor Dosil. La gente detuvo su cansino paso, y no por respeto. Algunos le preguntaron a los camilleros si el cadáver era de uno de los suyos. No había duda. La mano que resbalaba por debajo de la raída sábana lo delataba.

- Ahí tenéis. Esto es lo que le interesamos al Gobierno. Morir como perros piojosos en casas que se caen de viejas. No nos cuidan, cuando somos la mayoría en este país –gritó uno de los que llevaba un megáfono. ¡Somos más, tenemos derechos!
- ¡Somos más, tenemos derechos! ¡Somos más, tenemos derechos! –comenzaron a corear.
- ¡Somos más, tenemos los votos! –chilló el del megáfono.
- ¡Somos más, tenemos los votos! –repitió la masa.

- ¡Residencias para todos!
- ¡Residencias para todos! ¡Residencias para todos!

¿Qué harían entonces si supiesen cómo murió el señor Dosil? Casi se alegró de que un sargento de la PolCiv se abriese paso entre la marea canosa para proteger a los mozos del SerCivic y a los funcionarios que habían fabricado los papeles para hacerse cargo del finado.

La masa se arremolinaba, silbando a los antidisturbios y a los representantes de su desgracia. No habían reparado en Daniel, con medio cuerpo metido en un bajo comercial pésimamente tapiado con tablones empodrecidos por largos inviernos. Los insultos volaron. Los miembros de la PolCiv organizaron un cordón mientras un oficial recordaba que aquella era una manifestación no autorizada, aunque fuese consuetudinaria.

Sentía la hiel en la boca. Allí a nadie le interesaba el futuro, sólo el presente, y aun así ni siquiera un presente de gozoso *carpe diem*, sino de un agonizante régimen de resistencia y racionamiento. Racionar para morir de mala manera y sin remisión. Se metió en el bajo, lo cruzó y salió por una ventana desvencijada, que daba a un gran patio interior lleno de cascotes y miseria. No había remedio.

\+ + +

Carmen pudo salir antes de su servicio. La anciana a la que debía atender decidió rebajarla de jornada. Algo le había sucedido a un familiar que vivía apartado y tenía que ir a junto él. La vinieron a recoger al poco tiempo de llegar Carmen. Era una mujer dulce y sensible. Siempre tenía palabras cariñosas. Le hablaba del pasado y de como casi todos estaban ciegos, incluida ella. A lo que se veía aproximarse no se le quería mirar. Antes de salir le dijo a Carmen que si prefería que se quedase en casa, no fuese a ser que sus jefes les riñesen a ambas por no comunicar el cambio de circunstancias.

- ¿Quiere que le haga algo en casa? Ya que prefiero quedarme, me da lo mismo.

La anciana le dijo que no, pero le aconsejó que, por matar el tiempo, le echase un vistazo al material que había encontrado en un soporte ya obsoleto, aunque legible gracias a un aparato que todavía conservaba.

- Quizás te sirva para tu tesis –le dijo amablemente.

No le hizo caso. Aguardó a quedarse sola y salió a hacerle una visita inesperada a la abuela Marta. Seguro que le gustaría y merecía la pena correr el pequeño riesgo de que alguna supervisora hiciese un control aleatorio de calidad en el servicio, justo en ese momento y en ese lugar.

Hacía días que no podía ir a visitarla. Entre las obligaciones del servicio, las novedades de su embarazo, el plan de huida, la obsesión por adelantar su tesis, no tuvo el tiempo necesario para dedicárselo a la abuela. Era la madre de su madre. Aunque el padre de Carmen no se había vuelto a casar, éste apenas tenía relación con ella, con su suegra. Carmen no sabía muy bien por qué. Secretos de familia, pensaba.

La abuela vivía en una especie de cooperativa, en un caserón cerca de un viejo estadio de fútbol, en el que ahora corrían los topos y el óxido. Se habían reunido varias maestras jubiladas, cuatro solteras y dos viudas, para compartir gastos y vivir por su cuenta, sin que el Gobierne metiese el hocico en sus cosas.

Carmen le había pedido ayuda, pero no le había dicho que las escasas piezas de oro que le entregó eran para costear la huida. Le mintió sin mentir, simplemente callando, como le mintió a Daniel. Tal vez no había sido muy clara al decirle a él que el oro procedía de su padre y de la abuela, e incluso mentiría si fuese preciso para afirmar que se lo habían dejado para deshacerse del niño que crecía en su seno. Desde luego, a la abuela no se lo había contado así. Sin saber muy bien por qué, temía que no lo entendiese. Al fin y al cabo, la mayoría de los ancianos compartía la política vigente desde hacía cuando menos veinte años: conservar la escasa sangre nueva para darle vida a la sangre vieja. Sin más espaldas para portar la carga de la senescencia del país, la miseria social sería incluso más mísera.

Suponía que la abuela pensaría así. Era evidente. Ella también había sido madre de su madre, antes de que se debatiese la imposición de cuotas natalicias para acceder al funcionariado. Lo suponía, pero no podía basar su hipótesis en ninguna evidencia. Apenas hablaban del pasado. Ella no daba pie a eso. En esto era excepcional: le gustaba hablar del futuro, aunque sabía que ya no iba a formar parte de él a causa de su edad.

Cuando llegó junto a la abuela se la encontró trabajando en la huerta. Una huerta que también era jardín, porque la mezcla de colores en la pequeña parcela del caserón así lo sugería. Cuando la vio llegar dejó el cubo que tenía en la mano y la miró con ojos pícaros. Era su niña, la niña que tanto le recordaba a su propia hija, que luego fue la madre de esta su única nieta.

- Carmen, mi niña. ¡Qué milagro!
- Hola, abuela. ¿Cómo estás? Vaya tontería, debes estar genial porque, si no, no estarías haciendo esto –le dijo mientras la besaba y hacía un gesto con la barbilla, apuntando al fecundo terreno que labraba.
- Así que te han liberado por hoy. Me alegro. Llevo unos días pensando mucho en ti.
- ¿Sólo unos días? Creía que me querías algo más. A pesar de todo soy tu única niña.
- Cierto, pero no seas tan engreída, a ver si voy a buscarme un novio y adoptar a otra. Pretendientes no me faltan.
- ¿Seguro? ¿Os vienen a rondar por aquí?
- Han de venir.

La abuela acarició el rostro de la nieta y enseguida notó que aquella era una visita con un propósito.

- Vamos dentro. Estoy sola. Las demás van a la manifestación de costumbre. Están locas.

La asió por el brazo y entraron en aquella casa que tanto le gustaba, cuidada con mimo, limpia y sobria.

- ¿Quieres tomar algo? ¿Un té?
- No, mejor una menta.

La abuela fue a la cocina. Carmen permaneció en el salón, ojeando los pequeños detalles de la estancia. Cuando volvió con la menta, le espetó sin tiempo a posar la bandeja:

- Abuela, ¿te gustaría tener un bisnieto?

A la anciana se le encendió la cara.

- Entonces, ¿era por eso que me pediste la ayuda? ¡Condenada chiquilla! Yo ya pensé algo así. ¿Y quién es el padre? ¿Lo conozco?
- Creo que sí. Alguna vez he venido con Daniel.

- Ay, ya sé. Ese que también está contigo en el SerCivic. El que no quiso entrar contigo, y que esperaba como un perrillo a que salieses. Parece un buen joven, aunque algo alelado, ¿verdad?
- Abuela … No es un alelado. Quizás algo tieso de más.
- Pues yo pensaba que me habías pedido la ayuda para otro tipo de problema.
- De eso quería hablar. Necesito hablar con alguien. No sé muy bien qué hacer.

La abuela la miraba con devoción. Ella, que ya vislumbraba el final de su existencia, pensaba que al menos algo suyo sobreviviría en aquella muchacha y en el ser engendrado. Eso era lo más parecido a la eternidad que conocía. Una tarde de domingo repasando viejas fotografías y grabaciones. Un niño preguntándole a su nieta quién era aquella mujer tan guapa, y ella le diría:

- Es mi abuela, Marta. Tu bisabuela. Te pareces mucho a ella. Ojalá la hubieses conocido.

Sentadas ya a la mesa, la menta de Carmen humeaba. Su aroma era agradable.

- ¿Y de qué quieres hablar con tu abuela?

Carmen bajó los ojos y tomó su vientre con ambas manos, dando a entender de modo inequívoco cuál era su preocupación.

- Ya entiendo.
- Abuela, teníamos pensado huir, Daniel y yo. Él dice que no hay otra salida para nosotros.
- Hacéis bien, muy bien. Si yo fuese joven también huiría. Para nosotros, los viejos, es diferente. Yo sólo aspiro a que alguien me entierre en el camposanto de la parroquia de mi madre. Pero hasta eso es deprimente. Fui allí hace tres años. Los tojos comían el camino. Las lápidas estaban descuidadas. Únicamente había algunas flores de plástico, quemadas por el sol y batidas por el granizo. No queda nadie. ¿Sabes cuándo nació por allí el último niño? Hace veinte años y pico. Me lo contó un guardia forestal que andaba por el cementerio. Sólo nacen jabalíes. Pero quiero regresar allí. Algo me llama, no sé lo qué. Ahora, vosotros, los jóvenes, ya no tenéis otro remedio que tomar vuestro camino. Esta fue una tierra sin cunas y ahora nos vemos así.

La nieta nunca esperó una respuesta tan dura y sincera de aquella dulce mujer, nacida hacía setenta y siete otoños, cuando ya el país llevaba docenas de años siendo el viejo Reino del hijo único y de la desidia. Treinta años antes de que aprobasen la primera ley, cuando ya era demasiado tarde, porque aquello ya no era cosa de leyes, sino de patriotismo y fraternidad, algo que siempre escaseó en aquella Tierra. Pero la respuesta de la abuela era incorrecta para la pregunta que le quería formular.

- Me alegro que pienses así, y que no seas una de esas egoístas que denuncia a los jóvenes que desertan, incluso a sus propios nietos. Sólo piensan en sí mismas, como si aún tuviesen alguna esperanza y saben que no la tienen. Con todo, lo que me preocupa es otro asunto personal.

La anciana se colocó más erguida en la silla, como en estado de alerta.

- ¿Qué asunto? ¿No será algo de salud?
- No. Se trata de lo que me pide Daniel para poder huir -…silencio …-. Me pide que me deshaga inmediatamente del niño, antes de que se note el embarazo, porque me van a poner bajo un control especial, con la justificación de que todo vaya bien, y si nos pillan desertando el castigo será mayor.

La abuela se levantó y fue hacia la ventana. Desde allí se veía una torre semiderruida de la catedral. Todo se hundía: la población, la esperanza, las piedras, … Tuvo la impresión de que sollozaba muy en silencio. Calló durante unos minutos. Carmen daba sorbitos a la menta, por hacer algo. La abuela se giró y con un gesto de tristeza le dijo:

- Pues tiene razón. Tu novio tiene razón. Eres muy joven. Y si tu estado va a ser un inconveniente para iniciar vuestra vida en otro lugar con más futuro … Tendréis más hijos. Hijos libres, que puedan decidir adónde ir y qué hacer.

Carmen se quedó tan sorprendida que no acertó qué decir. Sabía que su abuela era una mujer fuera de lo normal. No en vano vivía con otras ancianas como ella, que rechazaban las ayudas del SerCivic, pero nunca pensó en esa circunstancia como si fuese un acto de rebeldía o resistencia. Por el contrario, creía que era una mujer más bien conservadora. Iba con cierta regularidad a oficiosos religiosos, celebraba las onomásticas mucho más que los cumpleaños e incluso presumía de un catolicismo antropológico y heterodoxo, que la llevaba a gritar locuras, como que el país no se entendía sin sus cruceros en los caminos.

El crucero debiera ser nuestro escudo, y no otras estupideces, acostumbraba a decir.

Pensó en lo fácil y peligroso que era construir estereotipos y colgar etiquetas. ¿De qué conocía a la abuela? Pues de sobremesas en días señalados del año, de fiestas familiares en las que se hablaba de temas superficiales y de chismes, de recordatorios litúrgicos por la madre e hija perdida, que ella organizaba en la iglesia en la que esa madre e hija habían sido bautizadas. Nunca pudo imaginar que la abuela pusiese la libertad de edificar un propio futuro por delante de la solemne obligación de permanecer plantada en aquel territorio consagrado a un apóstol de Cristo.

- Abuela, ¿tú abortaste alguna vez?

Ambas se miraron intensamente a los ojos.

- No, yo no. Pero sí ayudé a tu madre a hacerlo en un par de ocasiones.

Un rayo recorrió el cuerpo de Carmen. Era inconcebible descubrir esa verdad incómoda en una familia ejemplar, con un padre que era alto funcionario de un Gobierno cada vez más desesperado por encarrilar un país que había descarrilado casi un siglo atrás, cuando batió la marca mundial de infecundidad y la historia siguió como de costumbre, embrollada en tonterías, como sentenciaba la abuela.

- ¿Me estás diciendo que yo podría haber tenido al menos dos hermanos?

La anciana asintió con la cabeza y con un gesto impertérrito, sin huella de culpa o mala conciencia.

- Fue antes de que tú nacieses. Por aquel entonces todavía no habían impuesto cuotas de hijos para los funcionarios. Después, cuando comenzaron, tu madre ya estaba en una edad de riesgo para ser primeriza, pero si quería conservar su puesto y el de tu padre tenían que acreditar al menos un hijo.
- Por tanto, ¿yo nací porque les obligó el Gobierno?
- No. No fue así exactamente. Todo es más complejo. La vida no es fácil cuando está dirigida por la desesperación. Hay que mirar hacia adelante. Ahora ya no queda bastante simiente, y es absurdo castigar a quienes conservan unos pocos granos que prefieren comer antes que plantarlos. Por eso comprendo lo que te dice tu novio. Aquí ya no hay futuro, pero no ahora. El futuro ya se extinguió hace tiempo. Se tardó demasiado en entender que no existe mayor muestra de auto-odio que este genocidio por

la propia mano. Recuerdo que siendo yo joven alguien habló de auto-genocidio. La mayoría decía que eran locuras. Sin embargo, pasados los años, encuentras que no hay mayor muestra de amor a esta Tierra que dejar cubiertos los huecos que legamos al final de nuestros días. Que es mejor dar vida a esta Tierra que morir estéril por ella. Se tardó demasiado en comprender que el "*nosotros somos*" va precedido de "*nosotros*", y que el "*nosotros*" deja de existir cuando cortamos el eslabón que nos une con nuestros antepasados. Pero ahora, ahora es de locos hacer lo que no se hizo cuando aún quedaba gente capaz y energía. Ahora, los que ya no esperan otra cosa que el final, sólo quieren compensar su anterior desidia con vuestro inútil sacrificio.

Carmen hizo oídos sordos al razonamiento de la abuela. Permanecía absorta pensando que había sido fruto de un acto administrativo antes que de un acto de amor, de pasión o de un enardecimiento humano.

- Tanto da como me lo digas. Nací por obligación.
- ¿Y qué? Fuiste la niña más querida. Fuiste nuestra alegría, como ese último rayo de sol del verano antes de un eterno otoño que sólo precede al invierno, sabiendo que ese invierno no será sucedido por otra nueva primavera, tan sólo por un perenne invierno. Un invierno eterno. Cuando vi tu carita hasta me alegré de que nos obligasen, como tú dices, y tu madre más que nadie.
- ¿Y mi padre?
- Tu padre también, desde luego. Él es más reservado, pero bajo esa fachada hay un corazón tierno. Lo sé, si no tu madre no querría que fuese tu padre.

Carmen miró hacia la taza de menta. Ya no hervía. Qué extraña es la vida. Qué poco conocemos a nuestros seres más cercanos. Había entrado en aquella casa con un nudo en la garganta y ahora tenía el estómago revuelto. Pero, en cierta medida, era normal. Pocos padres les cuentan a sus hijos en qué condiciones habían decidido concebirlos. Si lo supiesen … La mayoría inventaba melosas historias, pero casi todos eran hijos de la inconsciencia o de una enajenación transitoria. Muy pocos eran el postrer escalón de una grandiosa historia sentimental. Y, al cabo, ¿qué es mejor? ¿Ser hijo de una sesuda planificación o de un desatado frenesí?

- ¿Y los otros dos?
- ¿Qué dos, mi reina? ¿Los abortos?

- Sí.
- Nada. El abuelo pidió prestado el dinero y yo acompañé a tu madre. Cruzamos la frontera. Por aquel entonces era fácil para los jóvenes. Pasamos las pruebas de control que les hacían a todas las mujeres de menos de cuarenta. Fue sencillo. Cambiamos las muestras.

La serenidad con la que hablaba la anciana resultaba intrigante. No, intrigante no. Desconcertante. Era como si ella y los de su generación hubiesen decidido décadas atrás arriar la bandera de la decencia e instalarse en la simulación, hasta que la simulación dejó de ser eso para convertirse en algo natural por una especie de consenso implícito, que ni siquiera precisaba ser verbalizado. No había nada que hacer, excepto acostumbrarse a ese nuevo clima de desesperada estrategia por recuperar el tiempo perdido en el que tardíamente se había aposentado la sociedad. Cuando la media de edad había superado con holgura la equivalente de sus convecinos europeos, ¿qué se podía hacer? Castigaron a quienes no tenían culpa ni responsabilidad de aquel estropicio, de aquella marea de senescencia que lo arrasaba todo a su paso, como si fuese un cuerpo aquejado por una pronta senilidad, un cuerpo próximo a su apoptosis[4] a causa del acortamiento de su mecha vital, de sus telómeros[5], de la acuosidad de su esperma, de lo mustio de sus óvulos.

Todo eso era comprensible, pero en el interior de Carmen comenzaba a brotar un fuego rebelde, un leve fuego de fósforo prendido en la más profunda oscuridad. Daniel no la aconsejaba por mal. La abuela tampoco la aconsejaba por mal, pero sentía que esa aberrante obligación gubernamental cuadraba por desgracia con un sentimiento más noble y desinteresado, en el que se mezclaba el amor por Daniel y el amor por su Tierra. Una Tierra en nada merecedora de ese pueblo que, por renegar de sí mismo, hasta concertó de modo tácito renunciar a mantener ese eslabón vital con su pretérito, como si se avergonzase de sus padres, de sus abuelos, de sus antepasados y patriarcas. Y renunciaron los ilustrados con los ágrafos, los acomodados con los menesterosos, los laicos con los devotos creyentes, … todos en inversa proporción a sus posibilidades y a su salud, con cientos de excusas, justificaciones, explicaciones y disculpas, negándose a ver que eran el único pueblo digno de este nombre que negaba su

[4] *Apoptosis*: Muerte celular programada.

[5] *Telómeros*: Extremos de los cromosomas, que condicionan el tiempo de vida de las estirpes celulares.

anomalía, sin reconocer esa patológica anosognosia[6]. El único pueblo digno de este nombre que fomentaba su disautonomía[7], sin que los más lúcidos alertasen a los restantes del colapso vital que se avecinaba. Todo eso era cierto, pero ella no quería que esos errores condicionasen sus vidas, por mucho que el Gobierno hiciese cuanto pudiese para desperdiciarlas laminando sus escasas libertades. No, ella no seguiría el camino más fácil.

- Pues pienso que yo no haré eso. Yo tendré aquí a mi hijo, porque tiene derecho a crecer con raíces, aunque luego tengamos que huir si nos ahogan contra un muro sin salida.
- Carmen, mi niña, piénsalo bien. Sólo las plantas tienen raíces. Nosotros tenemos pies para caminar y hacer nuestro camino. Después no será fácil que huyas con el niño. Si te detienen te lo pueden arrebatar, y el dolor de separar a una madre de su hijo es mucho más agudo que un insignificante aborto.

Seguro que la abuela se lo decía por su bien. Le acariciaba las mejillas con sus dedos de piel apergaminada, de papel gastado y brillante, en una mano deformada por la artrosis y la caducidad. La besó en la frente, mientras ella seguía mirando hacia el fondo de la taza de menta, ya escasamente templada.

- En tu caso será difícil salir a hacerlo. Antes era mucho más sencillo, aun con los obstáculos que les ponían a una mujer encinta. Y tú, estando en el SerCivic …
- Es imposible. Si quisiese hacerlo tendría que hacerlo aquí. Tanto mejor, porque no quiero hacerlo.
- ¿Has hablado de esto con tu padre?

Carmen miró para ella. ¿Acaso no conocía a su yerno?

- No. No tiene por qué saberlo.
- ¿Por qué no?
- No quiero comprometerle. Él todavía tiene cosas con el Gobierno. Asuntos, ya sabes.

---

[6] *Anosognosia*: Negación militante de la propia patología sufrida. El paciente con anosognosia no admite que realmente le suceda algo patológico.

[7] *Disautonomía*: Insensibilidad al dolor que conduce a lesiones que no pueden ser percibidas o lesiones que podrían no haber ocurrido si la persona hubiera sentido molestia. Las personas que padecen este síndrome no pueden darse cuenta de que han sufrido quemaduras, heridas o roturas de miembros, por lo que generalmente mueren muy jóvenes a causa de accidentes o de acumulación de heridas.

- ¿Y qué? Eres su hija. ¿Crees que lo comprometerías menos si huyeses? – preguntó la abuela
- Eso es distinto. Ya se da por hecho que todos intentaremos salir de esta ratonera. En el fondo es como el derecho del prisionero de guerra a huir, o la costumbre de evadir impuestos. Eso es, lo nuestro es otro impuesto, sólo que en especie, sólo que contra los jóvenes. En cambio, lo de abortar, tiene otras connotaciones para ellos. Es como si le robases agua dulce a un náufrago perdido en medio del océano. No lo perdonan. Si sólo fuese por fastidiar lo haría con pena, pero lo haría. El caso es que, como te he dicho, lo que ellos piensen o hagan me da igual. Voy a seguir adelante por nosotros. Únicamente por nosotros.

La anciana no podía entenderlo. Tal vez por su edad, o por la experiencia adquirida en contrario. Tal vez porque Carmen tampoco se lo quería explicar con la debida claridad y sencillez.

- Tengo que irme. Todavía me quedan unos servicios. Gracias por todo, abuela. ¿No se lo contarás a nadie?
- ¿A quién se lo iba a contar? Aquí quien no está loco está atontado. No tenemos salvación. Resistimos por resistir, sin esperanza de salir de este hoyo que nosotros, nuestros padres y nuestros abuelos, cavamos. Pero aguarda un segundo, tengo una cosa para ti que te puede interesar. Como me hablaste hace tiempo de la tesis que querías escribir … Aguarda.

La abuela salió renqueante del salón. Oía que se quejaba de las caderas y de las rodillas, aunque caminaba bastante ágil para su edad. Al poco regresó con una carpetilla de color añil.

- Léelos, por si te sirven. Son copias que iba guardando tu abuelo, en paz descanse. Murió tan joven …
- ¿Copias de qué?
- De artículos, de papeles. Cosas pasadas sobre el porvenir del país, o sea, sobre el presente. Las encontré en el trastero de la casa vieja. Hablan de lo que iba a suceder. No acertaron en todo, pero sí en lo fundamental. Me sorprende que nadie gire la cabeza para saber cómo y por qué llegamos a esto. Será por vergüenza. La derrota siempre es huérfana, y cuando la derrota tuvo tantos padres y madres como la nuestra …
- Los miraré. Pueden ser interesantes.

Se abrazaron, y en ese instante la abuela acarició el vientre de su nieta.

- Lástima que esta simiente tenga que crecer en este páramo yermo. Quizás tenga suerte. Nunca hay que rendirse.

\+ + +

Cuando Daniel llegó a su centro se rumoreaba en voz baja algo de Javier, un joven callado y amable. Daniel preguntó por él, más que nada por hablar de algo.

- ¿Entonces no lo sabes? Lo han detenido cuando ya estaba embarcado. El cabrón desertó.

En la cantina no se parloteaba de otra cosa. Los muchachos del SerCivic que pasaban por allí para matar el tiempo entre servicio y servicio trasladaban el mensaje con singular rapidez.

- ¿Cómo ha sido? –preguntó Daniel.
- Al parecer lo detuvo la PolCiv costera al poco de embarcar. Debió ser un soplo, si no tampoco se explica. Hay que andar con ojo. Van a por nosotros.

Todos los veteranos sospechaban del coyote que Javier había elegido. Incluso había quien afirmaba que muchos de esos desalmados estaban en realidad a doble sueldo del Gobierno. No sería de extrañar. De ese modo recaudaban lo que las familias juntaban para darle al joven que quería salir del país, excepto el porcentaje del –digamos- agente doble, y aun por encima conseguían más siervos gratis, porque el castigo incluía un incremento del tiempo de servicio y el traslado a los más penosos destinos.

- Pero lo peor no fue eso. Se dice que le dieron el alto y él se negó, así que le dispararon y está herido –añadió un muchacho esquelético y sin un pelo de barba.
- ¿Y tú, cómo lo sabes? –intervino Daniel.
- Por uno que lo sabe de otro, que tiene a su padre trabajando para los hijos de la grandísima en su oficina de detrás del *Senilatus*.

No podía creerlo. Nunca había oído que se disparase contra un desertor del Servicio. Pero no sería imposible. Llevaban ya un par de años incrementando la violencia verbal contra esos jóvenes. Primero los tildaron de insolidarios. Al

poco, de traidores. Luego de cómplices de la *gerontonesia*[8], término que se habían inventado desde el Gobierno para aplacar las primeras revueltas organizadas por los ancianos que se sentían olvidados. Últimamente ya hablaban de la existencia de una trama criminal para acabar con el país, como si fuese una sedición en toda regla. Sin embargo, solamente son muchachos que quieren vivir sus vidas partiendo de cero, no desde debajo de la par y con una hipoteca a cuestas imposible de saldar durante generaciones.

- No hay que fiarse de nadie. Yo nunca le pagaría a un coyote por sacarme de esta podredumbre. Preferiría arriesgarme –dijo uno.
- Te crees muy listo. ¿A ver cómo te libras de su control? –respondió otro.
- Sencillo: corriendo más –replicó el primero, entre carcajadas propias de un imbécil.

Daniel apenas conocía al tal Javier. Congeniaron por afinidades y aficiones, únicamente por eso. Le cayó simpático. Debajo de su ropa de tarea llevaba colgada una chapa que ponía:

<< *Fuck yourself and get a mongolian child 4 this fucking country*>>[9]

La verdad es que no tenía mucha sesera. ¿Y si fuese cierto que la PolCiv estaba colocando cebos para cazar gorrioncillos como ellos? Si así fuese, también sería posible que tuviesen delatores y chivatos. Cuando la miseria moral crece hasta por los muros, siempre hay quien quiere pastar de esa mala hierba.

Daniel recordó que su particular coyote le llamaría cuando le conviniese. Nunca le había visto la cara. A pesar de ello tenía voz de cincuentón, de hombre que sabe que ha de prepararse para su propio invierno con una mísera pensión de esbirro, de lacayo, de lameculos del poder. Quien le pasó su contacto fue un amigo de otro joven que sí había tenido éxito en su huida. Emigró a Australia y, por amigos comunes, supo que trabajaba allí, en una próspera granja. Claro que él había sido previsor y había salido antes de incorporarse al SerCivic. Había solicitado una prórroga y se la concedieron por un año, tiempo que aprovechó para amañar todo.

---

8 *Gerontonesia*: Neologismo para referirse a la eliminación de ancianos.

9 *" Jódete y ten un hijo mongol para este puto país "*.

En lo que llevaba de servicio obligatorio ya habían desertado siete que conocía más o menos directamente. Por eso le impresionó la noticia de la detención de Javier.

- ¿Y qué harán con él?

No sería de extrañar que lo utilizasen para dar un escarmiento, o para presentarlo como enemigo público y así aplacar a la turba canosa que reclamaba una mayor limosna a cambio de su apoyo político. Era legítimo. Suicida, también. Sin embargo, ¿debe reconocerse el derecho al suicidio como una de las libertades básicas? Tal vez. Todo dependía de los números: si se suicidase el 1% sería simpático; el 10%, respetable; el 25%, admisible; pero ya el 50% … se convertiría en un severo riesgo para quienes decidiesen continuar viviendo. El hueco que dejarían tantos suicidas consumiría todo cuanto permaneciese a su alrededor, como un inmenso y cósmico agujero negro. Crecería la debilidad, se hundiría la economía, colapsaría el equilibrio social. Pero, ¿a quién le importa eso cuando el único objetivo es ir tirando durante otro poco y solamente se piensa en el propio pellejo caduco? Todo bajo la putrefacta retórica del patriotismo más egoísta y corrompido.

Entró un jefe de sección. Uno de esos aborrecibles capataces que había reenganchado para ir trepando. Seguro que tendrá una brillante carrera como demagogo. Venía satisfecho y con las piernas bien abiertas, con ese andar chulesco de quienes simulan tener mucha cosa ahí, aunque valga bien poco. La gente se calló.

El capataz los barrió a todos con la mirada.

- A ver, señoritas. Escuchad con atención. ¿Alguien sabe quién pudo ayudar al traidor ese que fue detenido ya embarcado para huir del país? ¿Alguno de vosotros era amigo de ese cerdo desertor?

Ya se veía su cara de retrasado, aunque también de servil y genuflexo ante la jerarquía. Nadie entre los presentes iba a reconocer nada con semejante técnica de investigación. Seguro que por la mente de más de la mitad de los jóvenes pasaba la idea de liberarse de esa carga que nada les reportaría.

- Tú –dijo el capataz, dirigiéndose a un muchacho con pecas y aspecto casi infantil-. Tú te llevabas bien con ese cabrón sedicioso. Recuerdo que hablabais mucho durante las guardias y que le reías las gracias.
- ¿Yo? Si casi no lo conocía. Lo que sucedía era que resultaba muy cómico y no teníamos otra diversión para pasar el rato –respondió el pecoso.

- Ya te daré yo. Si al final van a tener razón los viejos, que no hacéis nada. Os voy a apretar hasta sacaros la última gota de juguillo para ellos. Vagos embusteros.

La mocedad lo miró de reojo, con todo el desprecio de que era capaz cualquier joven en las mismas circunstancias.

- ¿Y tú?
- ¿Quién? ¿Yo? –replicó Daniel.
- Sí, tú, el que te haces el atontado pero que te pasas de listo. ¿Tú sabías algo de lo que tenía planeado el traidor?

Daniel se alteró. Y con todo, tenía que controlarse. Temía que su propio plan de fuga se le leyese entre el tartamudeo de los labios o en su mirada huidiza.

- Yo, qué voy a saber. Yo sólo estoy a lo mío.
- Estás a lo tuyo … Pues ándate con ojo, no vayas a tropezar y lastimarte. ¿Te acaba de morir uno de tus viejos, verdad?

Las malas noticias vuelan prestas y veloces. Sonaba a amenaza, a cínica amenaza, porque poco le importaba a aquel perro el fallecimiento del señor Dosil, o de miles como él. Lo importante era que esos señores votasen lo que era debido y no molestasen demasiado antes de morir.

- ¿Verdad, Frende?
- Todos los días mueren ancianos. Por docenas. Es ley de vida.
- Ya veo. Pero a cada uno le muere el suyo. ¿Tú crees en las casualidades, Frende?
- Por creer, hasta creo en la reencarnación.
- ¿Reencarnación? ¿En qué? ¿En piojo?
- En pez. Todos seremos sardinas.
- Pues ten cuidado, no te vaya a pescar y meterte en una empanada.
- Descuide, señor.

¿A qué venía esa saña contra él? ¿Delataría su intención algún gesto o mueca? En ese momento entró una pareja de la PolCiv.

- Interroguen a todas esas sardinillas, por si pueden aportar algo sobre posibles cómplices sediciosos y conspiradores del desertor que traicionó a su patria y a su pueblo. Tómense el tiempo que precisen.

Los pusieron en fila, con orden de absoluto silencio. Los llamaban a un cuarto alejado, de uno en uno. Daniel ya no llegaría a la cita para almorzar con

su Carmen y no podría avisarla. Era el antepenúltimo de la fila. No se la pudo sacar de la mente en todo ese tiempo. No quería preocuparla, en su estado … Ese niño que crecía a diario en sus entrañas.

+ + +

Carmen no conseguía hablar con Daniel. Algo debía sucederle en el servicio. Tampoco sería tan grave. Los querían como bestias, y ya se sabe que las bestias están para tirar hacia donde les manden. Les das con la vara y listo. Así que decidió comer algo en cualquier sitio, mientras le echaba un ojo a los papeles que le había entregado su abuela.

Se sentó en un banco de madera casi podrida de la abandonada alameda. Abrió la carpeta, mientras apuraba el bocadillo que le habían entregado al presentar el cupón del SerCivic en el primer bar que encontró. Contenía viejos recortes de artículos de prensa. La abuela sabía que Carmen repasaba periódicos para documentar su tesis doctoral. Apenas había hallado bibliografía de finales del siglo XX y del arranque de este siglo a punto de concluir sobre la acelerada senescencia del país. Estaba obsesionada por descubrir el por qué nadie se había percatado a tiempo de la hecatombe que se estaba gestando en el yermo seno de aquel viejo Reino, y que ahora quería succionar sus jóvenes vidas. O tal vez algunos sí se habían percatado de la desgracia que iba a acontecer y a pesar de ello, por egoísmo, giraron la cabera. Quizás esto fuese lo más verosímil. Intelectuales onanistas, preocupados por las migajas adheridas a la corteza egocéntrica del Reino, en vez de mirar al núcleo del problema colectivo; vanidosos políticos, centrados en los titulares fotográficos del día a día, en vez del devenir vital de aquel pueblo; todos –tenderos, taberneros, cómicos, barberos, funambulistas, …- jugando a debatir sobre lo anecdótico, antes que asegurar los pilares y las columnas del país.

Tenía las molestias típicas del embarazo, pero las soportaba sin recurrir a ningún medicamento por no delatar su estado. El trabajo de búsqueda le ayudaba a mantener la cabeza entretenida. De entre los recortes que pasaba con lentitud apareció una noticia inquietante de principios de este siglo, que advertía:

El país puede perder más de un tercio de su población

hacia mediados de la centuria

Pensó que la noticia era de por sí alarmante, de modo que debiera haber tenido muchas réplicas durante los días posteriores. Efectivamente, hubo más artículos en diversos medios y unas cuantas cartas al director. Echó mano de su dispositivo de búsqueda electrónica para contrastar aquellos recortes, pero al poco de una semana el asunto se desvaneció, como el humo de una infantil velita de cumpleaños. Nada había, nada quedaba. Otros asuntos banales, triviales y tribales demandaban ya la atención de la gente ilustrada, de la gente que por aquel entonces leía los periódicos de papel y que debían ser algo así como el sistema nervioso del país, su pretendida élite.

Pensó que aquellas personas tan ilustres, que aquellos personajes y personalidades cuyos nombres ya nadie recordaba, habrían debido padecer un hipotético síndrome colectivo, algo similar al trastorno de déficit de atención, porque saltaban compulsivamente de un tema vital a otro absurdo o secundario, aunque al parecer urgente para ellos.

- No puede ser. ¿Es que nadie pensó en la propia vejez durante aquellos días, ni mucho menos en nosotros? –reflexionó para sí-. ¿Nadie comprendió que el futuro de este pueblo era un enorme hoyo negro que nos conduciría a esto que ahora somos, a esta miseria?

Rastreó en el aparato de búsqueda que llevaba con ella tras los nombres de quienes habían escrito sobre esa cuestión durante el intervalo de un mes. Entre todos, hubo un nombre que le llamó la atención por su contundencia. Parecía desesperado, considerando los títulos con que bautizaba sus artículos:

- *Autogenocidio*.
- *Sólo los tontos tienen hijos*.
- *c* + *c* = *c*
- *Desinvertir en escuelas, invertir en tanatorios*.

Firmaba como *David S. Curtis*, y a veces añadía "*economista*". Carmen decidió seguir esa pista, hasta que encontró referencias a una fuerte polémica que se había producido entre ese tal Curtis y una catedrática de sociología, Ana García-Requeijo, a raíz de una confrontación de artículos aparecida en un periódico, del 11 de octubre de 2011:

Ñ-2050

David S. Curtis

Va para veinte años que tenemos entre 0'9 y 1'1 hijos por pareja, siempre a la cola de Europa. Estamos atrapados por la maldición de la imposible fórmula $c + c = c$, cosa imposible en la matemática y genocida en la reproducción de cualquier ser vivo. Pero entre nosotros ya es normal. Lo anómalo ya es normal y nos da lo mismo.

Si hablásemos del país en términos antropomórficos, en 2050 el nuestro será una mujer canosa, arrugada y con dolores en los huesos, a medio camino entre el climaterio y la menopausia, casi infértil, y con más pasado que futuro.

Pero lo peor no es eso. Lo peor es la *disautonomía* y la *anosognosia* de este cuerpo social que no lo detecta y tampoco lo quiere detectar. El pueblo se diferencia de los individuos que lo constituyen en que éstos nacen condenados a morir por apoptosis o necrosis. Por vejez o por factores externos. Pero un pueblo no tiene por qué morir, a menos que decida inmolarse en un *autogenocidio*, negándose a tener descendencia.

Nunca, ni en los tiempos de la conquista romana, ni en los de la oleada migratoria, ni en los de las hambrunas y guerras, afrontamos un desafío como este. Un desafío más peligroso, por silencioso. Más adictivo, por dulce. Más letal, por contagioso.

¿Y qué va a ser de los pocos jóvenes que nazcan desde 2050 en adelante? Serán tan escasos que estarán sometidos por una gerontocracia que intentará que trabajen para la mayoría de quienes tan sólo aguardan otro amanecer. Pobres muchachos. Tendrán que huir con lágrimas en los ojos y no mirar atrás, hacia la Tierra convertida en una *res derelicta*. *Tierramadre* del tojo. Despertad de vuestro sueño, despertad de vuestra letal catalepsia.

Alarmistas

Ana García-Requeijo

Catedrática de Socioloxía

Vivimos en una transición demográfica propia de la modernidad. Se puede decir que somos un país del primer mundo en términos demográficos. Por eso tenemos menos hijos pero más cuidados. La mortalidad infantil ya no exige tener más descendencia.

Los alarmistas dicen que esto es malo. En absoluto. Menos niños supone menos gasto público, que puede ser redirigido a los mayores, por ejemplo. Hablan de las pensiones del futuro, de los gastos sanitarios … Para afrontar eso basta con que nuestros futuros niños sean más productivos y competitivos.

Los seres vivos se auto-regulan. Por ejemplo, los *lemmings*, que se reproducen intensamente cuando tienen condiciones óptimas de alimento, y mueren masivamente en tiempos de escasez. Lo mismo sucede con los humanos. En el mundo hay exceso de población, así que poco importa que en una de sus pequeñas esquinas la gente decida no tener hijos y vivir más tiempo.

Si nos comparamos con las regiones más próximas a nosotros, veremos que nuestra situación no es tan mala. Por tanto, con mayor productividad y competitividad de los jóvenes, con mayor inmigración y con una buena solidaridad interterritorial no hay nada que temer.

Asimismo, con un envejecimiento activo conseguiremos una mayor participación de la tercera y de la cuarta edad en la sociedad y en el mundo laboral. Otros países ya lo están haciendo. El oro gris de las canas es un gran activo para la economía. Así lo reconoce la propia Comisión Europea. Por consiguiente, hay que dejar de escuchar a los alarmistas.

Entonces, sí hubo gente que atisbó a grandes rasgos lo que iba a suceder con los jóvenes de hoy en día. Claro que nadie pudo anunciar la aprobación de leyes como la *Ley de Solidaridad Intergeneracional*, que en su artículo 247 obliga a muchachos como ellos, como Daniel y Carmen, a permanecer en el territorio patrio hasta que reembolsen el coste de sus previos gastos pediátricos, académicos y de atenciones públicas a la infancia y la juventud, con sus debidos intereses legales. Que en el artículo 313 instaura el *Servicio Cívico universal* entre los 20 y los 30 años de edad, y que, sobre todo, prohíbe en su artículo 422 que las muchachas embarazadas obtengan un permiso para salir del país mientras no den a luz y concluyan su período de lactancia natural con la nueva criatura. De lo contrario, el niño o la niña pasaría a ser tutorizado -es decir, apropiado- por el *Instituto Nacional de la Infancia*, considerando el intento de abandono del solar patriótico por la malvada madre. ¿Quién podía imaginar por aquel entonces esta pesadilla, esta condena de galeotes aunque sin cadenas de hierro?

Carmen dejó de comer. Alternaba la lectura de recortes de la carpeta y vistazos a la pantalla de su aparato. Dedujo que casi nadie se preocupó por ellos en el pasado. Aún no existían en aquel tiempo y, por consiguiente, tampoco contaban para los lectores y los electores. Ahora, los nuevos ciudadanos, los anteriormente inexistentes, piensan que aquí carecen de futuro, porque el programa escrito siempre es el mismo: racionar, limitar, restringir, volver a racionar, y todo únicamente para ir tirando hacia la desesperanza.

Pero entre los papeles apareció una carta al director firmada por su abuelo. ¿Cómo no se lo había comentado la abuela? Se titulaba *Huecos vitales*:

<<Llenar huecos dejados por los muertos, hechos en vida por los propios muertos cuando estaban vivos, no está al alcance de los jóvenes. La desidia de los muertos no puede ser reparada mediante la condena a quienes les sobrevivan. El vacío que dejaron tampoco puede ser cubierto mediante el castigo a quienes lo hallaron. Tener de hoy para mañana los niños que nunca relevaron a quienes murieron infecundos es de locos. Por eso, coaccionar a los jóvenes de hoy para que tengan los hijos que no tuvieron los jóvenes de ayer resulta tan injusto que se va a volver contra este país. Nuestros diputados deben saber que aunque se califiquen como padres de la patria, nuestros hijos no son de su propiedad, como tampoco lo son de la nuestra. Son libres. Y quienes

incitan a esos diputados por pura desesperación también deben saber que estos muchachos no son ni nunca serán, jamás, sus siervos. >>

¿Escribiría eso antes de que su propia hija, la madre de Carmen, hubiese abortado por vez primera? ¿Serían esos abortos un acto de resistencia contra la oclocracia[10] de una masa desesperada por su no-futuro? Nunca lo sabrá. Además, le daba igual. En su cabeza todo era confuso. Si Daniel y la abuela coincidían en el consejo dado, tal vez quien erraba era ella misma. Por otro lado, si se apartaban de lo que el Gobierno consideraba bueno, tampoco debería ser tan malo, porque ese mismo Gobierno solamente deseaba lo peor para ellos, con la excusa de ser lo mejor para la Nación sin nacidos y sin nacimientos. Tenía razón el *Dr. Johnson* cuando afirmó que el patriotismo es el último refugio de los canallas. Eso bien lo sabían los jóvenes. Eso y que convenía desconfiar de los próceres que ahora predican virtudes cívicas que jamás practicaron.

Comenzó a notar el estómago como revuelto. Miró la comida por si estuviese mal. Con lo que abonaba el SerCivic a sus proveedores, las viandas no podían ser de gran calidad. Y fue sólo mirarla para vomitar de repente.

No sabía con certeza de cuánto tiempo estaba embarazada, ni si eran normales esas náuseas. Tampoco podía averiguarlo sin dejar pistas antes de lo aconsejable. Los viejos test de farmacia estaban prohibidos, y los laboratorios tenían la obligación de comunicarles a las autoridades cualquier positivo de embarazo, supuestamente para ayudar a la futura mamá. Eso decían. Pero lo incuestionable era que no podría mantener el secreto durante muchas semanas más. Si al final se decidía a hacerlo, tendría que planificarlo con la debida antelación, porque no era fácil encontrar ayuda ni desaparecer sin más del servicio.

- ¿Te encuentras bien? –le preguntó una viejecita que le apareció por la espalda y que la había visto desde el paseo superior.
- Ay, qué susto. Sí, muy bien. No me debió sentar como es debido esta cosa –respondió señalando la bazofia que tenía el pan en su interior.
- Disculpa. Es que una señora que venía conmigo se cayó allí, cerca de la ermita, y debió torcerse un tobillo. Como vi que eras del Servicio …
- Por supuesto. Ahora subo con usted.
- Muchas gracias, hija mía. Menos mal que siempre os tenemos a mano. No sé qué sería de nosotros sin vuestra ayuda.

[10] *Oclocracia*: Gobierno de la muchedumbre o de la plebe. Para los griegos, degeneración de la democracia cuando deviene en poder de la turba.

- Claro. Para eso estamos. Ya subo.

Carmen recogió sus cosas y fue hacia las escaleras de piedra que conectaban el paseo inferior con el superior. La anciana era muy poca cosa. Vestía con modestia y calzaba unas botas tan limpias como gastadas. De camino hacia ella, quiso tirar esa comida tan asquerosa que ya había envuelto, pero la anciana le rogó a gritos que no lo hiciese, que si ella no la quería ambas aún no habían probado bocado. Por esa razón lo guardó en el bolsillo de su abrigo, con cierta vergüenza por no haber pensado que tal vez otras personas podrían desear lo que ella despreciaba.

- Gracias. Gracias –le dijo mientras le tomaba las manos-. Lo mejor que pudo hacer nuestra Presidenta fue organizar vuestra cosa. Nunca le estaremos lo bastante agradecidas. Y es que si no fuese por esto del Servicio nadie se preocuparía por nosotras. Yo no soy de esas viejas soberbias que protestan. Se lo dije una vez que me vino a pedir el voto. ¿Y vosotros también estaréis encantados con ella, a que sí?
- ¿Cómo no? No hay otra mejor que nuestra Presidenta –le contestó Carmen con sorna, a la que esa prueba tan congénita de alabanza le resultaba más cómica que trágica-. ¿Y dónde está su compañera?
- Ahí detrás. Ya te llevo yo junto a ella si me dejas ir cogida de tu brazo. Tengo miedo a caer, como le pasó a ella. Si rompo un hueso tengo mal arreglo. Sé de alguna vecina que no quedó bien y la tuvieron que enviar a una de vuestras residencias. Y aún gracias. Ya te digo que yo estoy muy contenta con nuestra Presidenta. ¿No te lo he dicho?
- Me lo ha dicho. Me lo ha dicho.

Carmen tiraba de la anciana conforme subían la cuesta, entre las traicioneras raíces de los robles. La vieja se ahogaba e intentaba recobrar el aliento de un modo compulsivo. Al poco tiempo oyeron los lamentos de la que aún debía permanecer tirada en el suelo.

- Ahí está –señaló la acompañante de Carmen-. ¡Rosa!, ¡Rosa! ¡Ya estamos aquí! ¡Mira! ¡Vengo con una muchacha del Servicio!

La tal Rosa movía la cabeza como para agradecer la aparición del auxilio. Cuando llegó a su altura, Carmen se arrodilló a su lado. Estaba pálida y temblaba, más por temor que por frío.

- Entonces, ¿cómo ha hecho usted para caerse, mujer?

- No sé. Resbalé. Maldita la hora en que se nos ocurrió venir por aquí a perder el tiempo. Como no dimos entrado en la tanda del comedor público de hoy …
- Desde luego el lugar no es el mejor para caminar. A sus años, quiero decir. Pero si todavía no han comido podemos repartir mi rancho.
- No te digo que no, pero ahora tengo tanto miedo que hasta se me ha ido el apetito. Tengo una cosa en el estómago …
- ¿Y por qué va a tener miedo? Seguro que no es nada.
- A nuestra edad estas caídas pueden ser el final. Si quedo inválida … -empezó a llorar-. Si quedo inválida me pueden enviar a la *tierra del jabalí*. De allí no regresa nadie, y yo quiero morir donde nací, y que me entierren al lado de mi madre.
- Mujer, estese tranquila. Nada de eso va a suceder.

La *tierra del jabalí*. Le gustó la definición. En los ojos de la anciana se veía el horror de una tierra con la matriz seca, de un inhóspito yermo humano donde únicamente los cementerios daban fe de que una vez hubo alguien trabajando aquellos campos, hoy devorados por el monte, el matorral y las zarzas. Alguien calentando sus hogares y poniendo a raya al jabalí y a las restantes bestias del monte. Hoy esa tierra era una Siberia entre verde y parda.

Carmen le daba conversación mientras palpaba la pierna que le dolía. El periodo de formación del Servicio tenía alguna cosa buena, sacando –claro está- las clases de adoctrinamiento patriótico, que eran ridículas e inútiles.

- Creo que no tiene nada, ni siquiera torcido. Debe dolerle por el golpe. De todos modos avisaré para que vengan a por usted.
- No hija, no. Espera a ver si me doy levantado. Yo estoy como una reina en mi casa, ¿comprendes? Amalia y yo nos cuidamos la una a la otra y así vamos yendo. Pero médicos no quiero si puedo evitarlos. No quiero, no.
- Bien, entonces agárreme por aquí, por la nuca, con las dos manos. Yo intentaré levantarla muy despacito. Si le duele o ve que no puede, paramos.
- Muy bien.

Comenzaron la maniobra con sumo cuidado. La anciana se lamentaba en silencio, pero el ansia de no caer en las redes de la beneficencia oficial hacía que apretase sus débiles y escasos dientes amarillentos.

- ¿Cómo vamos?
- Vamos yendo. Vamos yendo.

- Estupendo. A ver, apóyese en mí y coja a su compañera del brazo. Vamos a ir descendiendo lentamente, muy lentamente.

Asintió con la cabeza. Y así prosiguieron, despacio, hablando de asuntos irrelevantes, sólo por entretenerla. Rosa no había tenido hijos. La otra anciana –Amalia- tenía uno.

- Es médico para viejos. El pobre está desbordado. Tiene tantos a su cargo … ¿A qué no sabes cuántos tiene en su cuota?
- No sé. ¿Dos mil? Lo digo por decir algo.
- ¡Dos mil! Ojalá. ¡Cuatro mil setecientos!
- ¿Cuatro mil setecientos? Pero ese hombre se va a volver loco.
- ¿Verdad que sí? Cuatro mil setecientos. Hace poco fue de visita por su centro la Ministra de Sanidad, por eso de las elecciones, ya sabes, y por encima tuvo que soportar las quejas de casi doscientos viejos que estaban en la sala de espera de su consulta y luego la reprimenda de la Ministra. Mi pobre hijo no está nada contento con su trabajo.
- Mujer, es que aún por encima de que debe estar saturado, que su jefa vaya a humillarlo de esa manera …

Rosa seguía quejándose en silencio. Le dolía al apoyar el pie, pero insistía en no avisar a nadie. Cuando llegaron al paseo principal de la alameda se sentó en un banco de piedra. Carmen la convenció para llamar a un taxi. Aceptaron. Allí aguardó con ellas, hasta que vieron aproximarse el vehículo. Mientras se despedía, Amalia le espetó:

- Y tú, ¿estás bien?
- ¿Yo? ¿Por qué no iba a estarlo?
- Mujer, ya sabes. Tienes que llevar el embarazo con calma y sobre todo comer mejor.

Carmen quedó asombrada. Había oído historias sobre la antigua sabiduría popular femenina, capaz de reconocer a una embarazada por sutiles signos externos. Sabiduría que se había perdido en aquel país por falta de experiencia.

- No sé qué quiere decir.
- ¿No lo sabes? Pero tú te notarás algo rara, ¿verdad?
- ¿Rara? No, estoy como siempre.
- Pues a mí me parece que estás encinta, y ya de varias semanas. Se te ve en la cara. Pero no me lo tomes a mal. Eso es bueno. Es una bendición. Si no

hubiese niños, ¿qué sería de nosotros y de todo esto? –sentenció señalando alrededor con la mano abierta, deformada por la edad.

El taxi se aproximó cuanto pudo y Carmen ayudó a Rosa a subir en él. Le dio un beso. Amalia le dio otro y le acarició el vientre.

- Ojalá sea una niña. Será tu felicidad y la de todos –le susurró mientras la besaba de nuevo.

Carmen le dijo la dirección al taxista y le pagó por adelantado. Era lo menos que podía hacer. Después permaneció mirando al taxi que se alejaba. Preguntándose todavía cómo lo sabría y en qué se notaría más allá de las náuseas, decidió que era hora de comenzar a maquillarse por si fuese su rostro el que la delataba.

\+ + +

Camino del centro que el SerCivic tenía instalado en el abandonado seminario, Daniel recibió la inesperada llamada del coyote. El número era distinto. Nunca usaba el mismo, pero su voz resultaba inconfundible. Le sorprendió. Creía que al menos tardaría una semana en hacerlo, simplemente para mantenerlo en tensión. Lo primero que le vino a la cabeza fue la accidentada detención de Javier mientras emigraba clandestinamente.

- Daniel, ¿puedes hablar?
- Sí, sin problema. Estoy solo.
- Entonces escucha, no tengo mucho tiempo. Creo que van a realizar cambios. No sé si me trasladarán a otra comarca. Si sigues interesado tenemos que cerrar el trato. ¿Nos vemos esta noche?
- Por mí no hay problema. ¿Dónde?
- Encontrarás una nota pegada debajo del último banco de la catedral. El último a la derecha, mirando hacia el altar mayor, en la esquina derecha de ese banco. ¿Has entendido?
- Sí: último, derecha, derecha.
- Correcto. Eres un joven espabilado. Eso me gusta. Espabilado aunque un poco miedoso. Eso ya no me gusta tanto. Pero te voy a conceder otra oportunidad. Llevo invertidas muchas horas y mucho riesgo preparando tu

encargo. Cuando leas el papel, quémalo. Y muy importante: trae la cantidad acordada de oro y un cuarto más o no habrá trato.

- Pero eso es demasiado por adelantado.
- Las circunstancias cambian. Hoy han detenido a uno de tu sección. Ya lo sabrás. Va a ser noticia de apertura durante todo el día. El pueblo soberano detesta a los traidores. Es lo que hay. Lo tomas o lo dejas.
- (*Silencio*).
- ¿No dices nada? ¿Cómo debo interpretar esa respuesta muda? ¿Positiva o negativamente? ¡Despierta!
- Positiva.
- Bien. Entonces ya sabes. Esta noche.

Estuvo pensativo toda la tarde, soportando otra jornada de quejas y reprimendas. Lo único que le animaba era poder ver a Carmen en algún momento y ponerla al tanto de todo. Las cosas se precipitaban. Eran momentos de grandes decisiones. La llamó furtivamente, desde los baños. Los dos se notaron desanimados e inquietos, aunque igual de enamorados. Eran dos boxeadores noqueados por el tiempo y el lugar donde habían nacido. Un lugar y un tiempo para siervos. Siervos que debían arar en un reseco terreno, lleno de piedras y rocas.

No le contó nada sobre la llamada del coyote. No quería preocuparla. Quedaron para la noche, sin precisar una hora. Dormirían juntos, calentándose el uno al otro, sacando las mórbidas frialdades de sus cuerpos. Le gustaría que hablasen de nimiedades, como cuando comenzaron a salir juntos y todavía soñaban.

Daniel le dijo a su superior que tenía una urgencia que atender. Había arreglado su suplencia con otro muchacho que terminaba antes su turno. El jefe no puso ningún impedimento. Mientras que los viejos no se revolucionasen a él tanto le daba. Era un hombre práctico.

Del caduco seminario pasó a la catedral. Faltaba media hora para que cerrase. Ya sólo se celebraba una misa en la parte del templo que aún resistía. Cuando llegó, el oficiante ya se estaba despidiendo. Le gustó su acento exótico. Se notaba que no era del país y que Roma lo había trasladado desde tórridas tierras barridas por el sol y el calor. Daniel aguardó a que el templo se fuese vaciando. Lo hacían más rápido de lo que las piernas les debían permitir a sus dueños, porque aquellos que consiguieran obtener uno de los cupones eclesiásticos que se repartían al finalizar el oficio tendrían después la posibilidad de cenar algo

caliente antes de acostarse. Los retrasados se acostarían sin nada en sus estómagos.

Daniel se dirigió hacia el último banco. Ya estaba saliendo la mayoría de los ancianos, excepto una docena dispersa, que oraba mecánicamente o que se lamentaba sin más. Pensó que el coyote habría pasado por allí hacía un rato para dejar la nota, pero enseguida creyó más verosímil que debía tener algún colaborador para realizar esa tarea. O, por qué no, dejar mensajes con indicaciones prefijadas, que luego emplearía según las circunstancias, dirigiendo a sus clientes a unos u otros emplazamientos según le conviniese en cada caso y para cada cliente.

Se sentó. Miró alrededor. Nadie le observaba. Lo que le intimidó fue el enorme retrato de la presidenta Ileana del Pino, que habían colocado en la parte superior del altar mayor con la leyenda "*Vida para nuestro País*". Sus falsarios ojos parecían vigilarlo todo. Pero eso no le iba a hacer cambiar de opinión ni de plan. Fue palpando el revés del banco y en pocos segundos encontró el papelito pegado. Lo fue metiendo en su puño y lo pasó al bolsillo de su reglamentario abrigo tres cuartos. No lo leería allí. Ojos electrónicos acechaban.

Hizo como si rezase, y de hecho rezaba, aunque se trataba de otro tipo de oración:

- Juro que no seré otro buey, otro buey sacrificado por nada. Juro que no voy a ser esclavo, esclavo para mantener este miserable panteón de almas rotas. Juro …

Salió unos minutos antes de que la campana marcase la hora de cierre de la ruinosa catedral. Avanzó por las carcomidas calles, repletas de puntales y contrafuertes. En el primer lugar reservado y discreto que halló se puso a leer la nota. Las manos le temblaban. Sería a las 11:30 de la noche, en un garaje abandonado, plaza 33.

Aprovechó el tiempo. Hizo lo posible por quedar con Carmen. Tenían tantas cosas de las que hablar …

Le preparó la cena. Cuando llegó la vio algo desmejorada. La abrazó cariñosamente, como quien incuba un amor con miedo a que rompa su frágil cáscara antes de ofrecer su fruto. La besó con ternura.

- Perdóname si te hice sentir mal.

Ella se apretó contra él, hasta compartir los latidos de un corazón noble y salvaje, de un corazón indómito que precisaba galopar.

Hablaron de asuntos triviales, de tonterías de enamorados. Jugaban a la normalidad. Podrían estar así horas, pero la atmósfera no era propicia para vivir sin preocupación. Ella le contó como unas ancianas le habían visto cara de embarazada, pero nada le mencionó de la conversación con su abuela ni de su consejo, que la había dejado descolocada. Él le contó lo del señor Dosil y lo de la amargura de un final lleno de cinismo, pero nada le comentó de la huida, ni de la captura del compañero de sección. Los silencios van creciendo, las zonas grises van expandiéndose, el sol del amor va mermando, y todo por nacer y vivir en un país que renunció a la esperanza para acostumbrarse a la resignación y a los ritos funerarios, tan propios de la vejez.

- Después tengo una cita con él -dijo Daniel, como quien deja caer el tema, como si hablase de la frialdad de la noche o del sabor de la sopa.

Él. Ese hombre. No precisaban detalles para saber a quién se refería.

- Tendré que darle un anticipo mayor.

Carmen callaba. Lo miraba con lástima. Por un instante se sintió más madre que amante. Percibía la angustia del hombre que era casi un niño.

- Entonces habrá que dárselo. No hay otra opción.
- Buscaremos más. Vendrás conmigo. Marcharemos los dos. Si no quieres deshacerte … es igual. Saldremos adelante. En cualquier sitio nos irá mejor. Por lo menos estaremos juntos y seremos libres.
- No insistas, Daniel. Yo no me iré por el momento.
- Pues entonces nos olvidamos. Como tú veas. Me es indiferente. Pero, por favor, no sigas adelante con el embarazo. Es una locura. Ya habrá otras oportunidades. El niño nos atará más a esta maldita Tierra que nos consume.
- Eso no es cierto. Esta Tierra no tiene nada que ver. Son los que la vaciaron de niños y de esperanza quienes nos retienen, como si fuésemos de su propiedad. La Tierra no. Esta Tierra amamantó a millones de criaturas durante generaciones. Así que vete a por el oro y a junto él. Yo esperaré despierta a que llegues. Vete.

Daniel le hizo caso. Contó las piezas, se despidió con tristeza y salió anonadado hacia el lugar de la cita.

En las calles ya no había gente. ¿Quién iba a haber? En aquel tiempo de penumbra y expiación, la gente se metía en sus madrigueras para huir del frío y también de la desgracia. Nadie le seguía aquella noche, pero aun así dio varios

rodeos innecesarios pero imprescindibles antes de encarar el garaje concertado.

Llegó al garaje. El candado de la oxidada puerta estaba disimuladamente abierto, así que entró. Bajó por la rampa hasta el fondo. Apestaba a orines y calamidad. No había suficiente luz para ver con nitidez, pero alguna lograba traspasar los espesos lucernarios. Pensó que era un imbécil por no haberlo previsto. Lo normal sería acudir con una linterna más potente que la que portaba, sobre todo considerando la hora y el estado de abandono del local, que llevaba cerrado más de una década. Las ratas corrían como potros desbocados. Probablemente se devoraban unas a otras, sin alternativa. Primero entre ellas. Luego, a sus propias crías. Justo igual que sucedía con los ciudadanos de aquel avejentado y arrugado Reino de la superficie.

- Detente ahí. No te muevas. ¿Traes lo convenido?
- Sí, lo traigo.
- Entonces échamelo hacia aquí, pero no te acerques.

La voz sonaba distinta a la que se comunicaba con él por teléfono. Daniel empezó a desconfiar, como todo lo que era natural desconfiar en una relación asimétrica, semejante a la que mantenía cualquier presa con su depredador.

- ¿Cómo sé quién debes ser? ¿Podemos vernos?
- ¿Para qué? No nos conocemos ni vamos a emparejarnos. ¿O sí?

Daniel permaneció mudo.

- ¿Quieres que nos emparejemos? Creía que eras un hombre de verdad. Será porque tienes novia –reía a carcajadas.

Daniel continuaba callado. Intentó ver algo en aquella penumbra, al menos la silueta, pero el coyote o quien fuese parecía mantenerse tras una columna, y la luz de la linterna de Daniel apenas alcanzaba hasta la mitad de la distancia entre ambos. De repente el coyote encendió un potente foco, le apuntó a los ojos y lo cegó.

- ¿Ves? No tienes nada que ver. La nuestra sólo es una relación de negocios. Tú entregas la señal convenida, yo te presto un servicio y luego saldamos la cuenta pendiente. No hay nada más qué saber. Es lo mejor tanto para ti como para mí.
- Conforme, conforme. Pero necesito alguna prueba. El precio es demasiado alto y el riesgo también. Hoy la PolCiv casi asesina a un compañero de mi unidad, como bien sabes.

- Por eso te he llamado. Sois unos imbéciles retrasados. Os creéis todo. La realidad es siempre peor. Tu compañero fue herido huyendo, sí, aunque no tanto como lo hirieron después. No creo que le queden ya ganas ni energía para huir de nuevo.
- ¿Qué quieres decir? ¿Lo han torturado?
- ¿Tortura? Qué palabra tan vulgar. Además, ¿para qué? Él sólo es un pobre conejo que corre en busca de otro agujero. Es un gancho, una liebre para los galgos. Ya se acabó el tiempo de jugar. La cosa se pone seria. Vosotros no sois los enemigos oficiales. Oficialmente solo sois unos atolondrados. Yo soy el nuevo enemigo. Por eso sube el precio.

Mientras hablaba, Daniel se iba aproximando muy, muy despacio y con disimulo al coyote. Apenas había iniciado esa maniobra cuando escuchó un ruido metálico y desconocido.

- ¿Qué me impediría matarte aquí mismo? Dímelo. Cojo mi tajada y el riesgo sería menor que el de ayudarte a salir. Meto tu cuerpo en la arqueta del fondo y no te encontrarían jamás. Quédate quieto donde estás. Respira profundamente y lánzame el oro, si no esta comedia termina ya con otro final.
- Muy bien. Tienes razón. Ya te lanzo la bolsa, pero escúchame, tan sólo un minuto.
- Échamela y después hablamos.
- Conforme, ahí te va. Únicamente quería decirte que al final también vendrá mi novia y que nos tienes que hacer un precio a los dos. Yo me comprometo a poner otro tanto desde fuera. Digamos en el plazo de un año. Trabajando ambos no nos será difícil reunir esa cantidad. Te lo enviaremos a donde nos mandes. Ahí te va esto por ahora.

La bolsa de fieltro aterrizó un par de metros delante de la columna.

- ¿Te crees muy listo? ¿Cómo un muchachote tan vigoroso no es capaz de lanzar una bolsita con un poco metal algo más lejos? Juegas con tu suerte. ¿Pero sabes algo? Me gusta la gente que tiene lo que hay que tener. Parecías un alelado y va a resultar que eres un hurón aguerrido. Está bien. Juguemos un poco.

La sombra se calló durante unos segundos y salió de detrás de la columna. Se había enfundado un pasamontañas. No obstante, Daniel pudo comprobar que vestía el odioso uniforme verdoso con ribetes plateados. Le apuntaba como

desganado con su arma reglamentaria. Se agachó, sopesó la bolsa de oro y la metió en un bolsillo de su guerrera.

- ¿No lo vas a pesar ni a contar?
- ¿Para qué? Ya te tengo prendido por donde más duele. Podría eliminarte de inmediato. Podría denunciarte y hacer que te pudrieras en uno de esos miserables complejos que tú sabes, rodeado por quilómetros de nada, de ese desierto humano. No me puedes engañar. Yo, a ti, sí. Pero uno tiene su reputación. En eso se basa este negocio. Y, además, en contra de lo que seguramente estarás pensando, yo no hago esto por dinero. Al menos no principalmente. ¿Sabes por qué?
- ¿Por qué?
- Pues porque yo también quiero huir. Aunque no soy joven como tú, tengo una familia por la que interesarme, unos hijos. Ya sabes que todos nosotros, los de la PolCiv, debemos tener hijos para ingresar en el Cuerpo. Es una trampa. Primero los engendras por obligación, y después los quieres tanto que la obligación anterior ya te resulta ridícula, porque en su lugar surge otra más fuerte y sagrada. El país no existe, sólo es una ficción. Lo único que existe es la sangre y la piel, por ese orden. Sangre y piel. La sangre es más fuerte que el acero. Tú de eso no entiendes. Eres demasiado infantil. Mis hijos tampoco lo entienden. Pronto van a ser movilizados por el SerCivic. Uno de ellos hasta cree en esa basura de la patria, que vende nuestro Gobierno. ¿Tú crees en la patria?
- No.
- Haces bien. No creas. Pero la patria existe, aunque sea otra cosa que nada tiene que ver con la mierda oficial. ¿Sabes qué es? Te lo voy a contar. La patria es lo que hicieron los padres y las madres, no lo que dicen los hijos que se van a quedar en hijos, sin ascender de categoría. Ellos, ¿qué saben de amor incondicional? Sólo saben de egoísmo, de intereses mezquinos y particulares. Tanto les da romper la cadena de los ancestros. Así que te voy a ayudar y también a tu chica, pero con una condición.
- ¿Cuál?
- El niño nacerá fuera, pero regresará algún día.

Daniel se estremeció. Era imposible que lo supiese. Pero si él lo sabía, si sabía lo del embarazo, ¿quién más podría saberlo? Eso lo cambiaba todo. Todo. ¿Cómo iba a tener mejor información un gusano de la PolCiv que sus superiores? Estaba tan confuso que reaccionó mal.

- ¿Y cuánto nos costará?
- El precio pactado y un cincuenta por ciento añadido, pero acepto un pago a plazos siempre que aportéis un avalista. Si él no paga, encontrarán pruebas que le incriminen como cómplice y él saldará por vosotros la condena. Los cómplices de deserción son tan aborrecibles como los propios desertores.

Era absurdo. Mezclar el oro con esa promesa imposible de verificar, sobre un niño todavía por nacer, que debería regresar a su Tierra en un plazo indeterminado, ya de adulto, para encontrarse con un país sin pueblo.

- Pero hay que apurarse. La situación empeora por momentos. Se rumorea que van a presentar un nuevo proyecto de ley en unos días, por el procedimiento de urgencia y mediante lectura única. Mañana va a haber una gran redada y la Presidenta hará una alocución solemne. Ahora van en serio.
- En serio ya van desde hace años. Estoy harto. Los jóvenes estamos hartos. No conozca a ninguno que no lo esté, excepto los lameculos de los hijos que nos chupan la sangre.
- ¡*Tlammm*!

Se oyó como si alguien pisase una plancha metálica en la entrada del garaje.

- Hay que largarse. Son ellos –dijo el coyote mientras reculaba.
- Entonces te siguen a ti –repuso Daniel.
- Ya hablaremos. Adiós.

Daniel quiso correr tras él porque seguramente tenía preparada una vía de escape, pero se metió por una zona donde había pequeños charcos de aceite y resbaló en uno de ellos. ¿Lo echaría adrede el coyote? Mientras, los pasos de fuera se acercaban más, a la carrera, y se convirtieron en gritos.

- ¡Alto! ¿Quién anda ahí?

Apagó su débil linterna y corrió. Notó como si pisase algo duro. Palpó el suelo. Parecía un tornillo de cierto tamaño. Entonces recordó un truco de viejas películas de filmoteca. Tiró el tornillo tan lejos como pudo y salió presto en dirección contraria, tras su odioso coyote. Las linternas de los intrusos se movían febrilmente, pero él se fijó en un hilito de luz en una pared. Tras una puerta había como una especie de canal de ventilación con una escalera oxidada. Trepó por ella. Para cuando los intrusos reaccionaron, Daniel ya estaba fuera. Se sacó con rapidez un cordón de su bota y ató con varias vueltas la trampilla que

daba al exterior contra un hierro retorcido que sobresalía del hormigón. Mientras se alejaba oía los golpes de quienes querían salir por el mismo sitio, en vez de dar toda la vuelta y hacerlo por donde habían entrado.

Agradeció el frescor de la noche. Sudaba como si fuese una fuente. Para cuando llegó a casa Carmen ya dormía, pero despertó.

- ¿Cómo te fue?

No la dejó hablar. Tampoco le quiso comentar el escalofriante descubrimiento de que el coyote también sabía lo de su embarazo. Sorprendentemente, a ella no le daba asco el olor de aquella piel caliente y húmeda. Se pegó contra él y sintió como sus pechos se iban rehaciendo, preparándose para otra función. Se dejaron ir. Tal vez no habría otra ocasión.

\+ + +

Daniel despertó preocupado. ¿Cómo era que aquel cerdo sabía lo del niño en camino? ¿Cómo era que lo habían seguido en dos ocasiones cuando iba a pagar para que lo sacasen del país? No podía ser una casualidad. La primera vez pudo ser imaginación suya, pero en la segunda no había duda posible. La hipótesis de la redada accidental era absurda, pero lo más intrigante era que supiese lo del embarazo de Carmen. Comenzó a sospechar del propio coyote y de su proximidad con ellos. Era lo más probable. Pero, ¿por qué? ¿Quién?

Recordó cómo había dado con él. A través de amigos de otros amigos, gente poco conocida. Tanto pudo buscarlo como ser él el buscado. Parecía un milagro, eso sí. Le comentó a tanta gente que estaba harto, que cualquiera le pudo ir con el cuento. Bastaba con un nexo casual para ponerlos en contacto. Sucedió hace meses. Apareció una notita en el bolsillo de su abrigo. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, ni dónde se la habían introducido. Incluso tardó varios días en llamar a aquel número. Desconfiaba.

Cuando dejó a Carmen por la mañana decidió regresar al garaje de la última cita con el coyote. Quizás allí encontrase alguna respuesta.

Los ancianos volvían a arremolinarse. Preparaban otra protesta ante el Parlamento-Senilatus. Planeaban tenerlo sitiado hasta que la Presidenta Ileana del Pino aprobase una reforma que garantizase sus justas reivindicaciones. El

malestar lo inflamaba todo y desfiguraba los rostros, incluso más que el propio transcurso de los años. Nadie quería asumir que ya estaban derrotados. Eran náufragos quejándose de la falta de agua y de sustento, pero no de la ausencia de rumbo. Náufragos que agujereaban su precioso bote, luego de echarlo a perder, pero que ahora buscaban con desesperación más culpables que soluciones. Tal vez ya no era tiempo de soluciones, aunque siempre hay tiempo para hallar a quién culpar y sacrificar.

Daniel quería evitarlos. Estaban resentidos, ahítos de ira. Su mera juventud era para ellos un desplante, una ofensa. Simplemente por ser joven aún tenía tiempo de escribir su biografía en una hoja en blanco. Ellos ya no. Ellos ya habían garabateado sus hojas con espirales y monigotes, de esos que se pintarrajean mientras se está de cháchara, perdiendo el tiempo. Desperdiciaron su precioso tiempo y no querían reconocerlo. Tenían tanto pasado como escaso futuro. Así que Daniel se encaminó al garaje por lugares menos concurridos, por callejuelas que hedían a corrupción y dejadez, dando rodeos que componían bucles melancólicos.

En esta ocasión llevaba una linterna en condiciones. Entró en el garaje. Mirase hacia donde mirase sólo veía desolación. Había restos de fogatas, pintadas obscenas, ratas como conejos que olfateaban vestigios de vómitos secos. Las suelas de las botas se le pegaban en el asqueroso barrizal de grasa y polvo que había en algunas zonas.

Se fue acercando con calma a la plaza 33. Lo miró todo a su alrededor. En el suelo, en esa fina capa de oleoso barro, se veían huellas. Eran de un hombre con los pies enormes. Las comparó con las suyas. Sí, eran enormes. Ya le había parecido ser un hombre corpulento cuando lo vio salir de detrás de la columna, con su pasamontañas y su foco apuntándole a los ojos. Únicamente fue un segundo, pero bastaba para hacerse una idea.

Las huellas daban unos pasos hacia adelante. Después giraban y se alejaban con grandes zancadas, hasta llegar a la puerta que conducía a la trampilla por la que salió, mezcladas con otras muchas huellas. La mayoría tenía el mismo dibujo de suela, aunque distintos tamaños. Volvió a mirar alrededor. Rehízo el mismo camino varias veces, apuntando la linterna hacia el suelo. Izquierda, derecha. Izquierda, derecha. Nada especial. Trastes diversos y basura.

Allí no había hilo del que tirar. Cuando ya salía apesadumbrado del garaje, recordó que el coyote le comentó que era padre de varios hijos, y que uno de ellos incluso creía en esa charlotada de la patria. Entonces debía tener

una edad próxima a la suya, porque era lo suficientemente adulto como para liarse con conceptos abstractos y estar a punto de ser movilizado.

Fuera, se acercó a un local de consulta pública y buscó la lista de llamamientos del último año. Los discriminó en función del lugar de residencia en la capital. Como los hijos de los esbirros tenían derecho a bastantes servicios públicos gratuitos –el poder atemorizado siempre trata mejor a sus pretorianos-, rebuscó entre varios de ellos. Se quedó con un par de docenas de nombres. Buscó imágenes. Fue descartando. Se quedó con cinco. Copió los nombres y buscó direcciones. Era una posibilidad.

¿Y qué si daba con él? ¿Qué iba a hacer? ¿Chantajearlo? ¿Pedirle que cumpliese el trato o que, si no lo hacía, le devolviese el oro para intentar la huida con otro coyote? Todo era absurdo, pero el motor de su necesidad por saber era que él y Carmen permanecían desnudos bajo su lupa de entomólogo. Maldito cabrón, que sabía de su angustia mientras ellos nada sabían de él.

Pensó que quizás podría tenderle una trampa y él, el coyote, cometer un error que lo delatase. Pero ahora lo que urgía era intentar que Carmen le hiciese caso. Podía abortar y el maldito coyote no tenía por qué saberlo. Un trato es un trato, conforme, pero un trato cuando la otra parte tiene una soga con un nudo corredizo puesto en tu cuello y, además, puede darte un empujón para que cuelgues de ella, ya no es la misma clase de trato.

Busco en el bolsillo de la camisa el papel donde había apuntado la dirección de alguien que, al parecer, hacía chapuzas químicas en un laboratorio. El plan era simple y por eso no lo había meditado demasiado: adquirir un abortivo a un precio razonable y administrárselo a Carmen. Ya decidiría sobre la marcha, fuese con su conocimiento o sin él. Sería una decisión muy dura, pero no más que la ya tomada de abandonar el país a toda costa y convertirse en un fugitivo fuera de la ley, llevando consigo a una pareja engañada.

No tardó mucho en llegar a la dirección buscada. Estaba en un destartalado barrio, extramuros de la aun más destartalada ciudad vieja. Como no se fiaba, dio un par de vueltas alrededor. Quizás se tratase de una trampa para atraer a jóvenes sediciosos como él. Eso sucedía, según se contaba. Es algo tan antiguo como la humanidad: colocar un sabroso cebo para cazar ratones y ratas. A veces los asquerosos roedores desconfían, pero su naturaleza les empuja hacia el cebo, como si no hubiese otra cosa en el mundo. El cazador lo sabe y, como desprecia al roedor, no repara en dejar de buscar el cebo más gustoso para el despreciable animal. Porque de eso se trata: de un despreciable animal, de un ser

incompatible con la idílica y falsa sociedad de arriba, la de la superficie, la que desarrolla su no menos asquerosa vida fuera de las cloacas, en ese decorado al aire libre, donde las leyes son siempre aparentemente justas y sus servidores modélicos arcángeles.

Daniel no se consideraba una rata. Se veía como un esclavo que conspiraba para liberarse. Esclavo desde la cuna, marcado por el hecho de nacer donde casi nadie nacía, donde no era el lugar apropiado. Pero él no soñaba con ser Espartaco, no. Más bien era pasajero de un camarote de tercera, en un Titanic que se hundía y que quería engullirlo junto con el escaso cargamento de carne fresca que aún transportaba en su panza. Cuando hay que saltar para salvar la vida no hay tiempo para otro menester.

Llamó a la puerta. Estaba carcomida por la termita y el moho. Nadie contestaba. Llamó de nuevo. Insistió. Al cabo de unos minutos alguien respondió.

- ¿Quién es?
- Mire, vengo a buscar un medicamento. Me han dado esta dirección para comprarlo.
- ¿Quién se la ha dado?
- Un compañero.

El hombre tras la puerta escudriñó por la mirilla. No disimulaba y se tomaba su tiempo. Sólo tras la comprobación entreabrió, parapetado merced a una cadena plateada que impedía la entrada.

- Te han engañado. Aquí hubo un hombre que sí preparaba remedios con hierbas y plantas, pero ya no vive aquí. Lo pilló Hacienda y se fue. Desapareció.
- ¿Y no sabe dónde puedo encontrarlo? Se trata de una urgencia.
- Pues no, no sé.
- Si pudiese dar con él … si lo viese. Tal vez dejó algo olvidado y vuelva por aquí.
- Podría ser. Aún quedan trastos suyos en el desván.
- Entonces, puede que también dejase algo que me sirva. Le estaría muy agradecido –le dijo Daniel, mientras le mostraba un Krugerrand de los que conservaba.

El hombre asintió y franqueó la puerta. Lo único bueno de los malos tiempos es que la necesidad se convierte en llave maestra de todas las cerraduras.

- ¿Estás cumpliendo el Servicio Civil, verdad? –le espetó a la primera.
- Salta a la vista.
- Mucho enfermáis ahí. ¿Será que no os tratan demasiado bien?
- Podría ser peor. Uno tiene una salud de hierro. Yo no vengo por mí, vengo por mi chica.
- Ah, ya entiendo. Como la mayoría. No aprendéis. Pero hay tanta demanda y tan poca materia prima … Es un verdadero problema.
- Siempre hay alguna solución. Únicamente la muerte no la tiene.
- Cierto, muy cierto. Ven conmigo.

La casa estaba llena de motivos orientales y exóticos. Olía de una manera muy particular.

- ¿Te gusta el aroma? Es mirra. Mirra, pareces imbécil, como la que le regalaron los Reyes Magos al niño Jesús.
- ¿Para qué sirve?
- Veo que carecéis de cultura clásica. Es una pena.
- Además de mirra, ¿no habrá dejado el anterior inquilino cosas más útiles?
- Dejó tantas cosas que ya no recuerdo. Vamos a echar un vistazo.

Salieron a la pequeña huerta posterior de la casa, que lindaba con un inmenso parque, otrora hermoso, pero ahora devastado por las zarzas y las ortigas. Unos conejos y unas gallinas famélicas deambulaban por la huerta. Detrás de unas tablas mal puestas se oía un gorrino.

- Vaya fauna.
- Economía de resistencia y subsistencia. Es lo mejor. Siempre fue así en este país, hasta que nos volvimos locos y creímos ser otro, como una potencia. Pero vamos a lo nuestro. ¿Qué le sucede a tu chica?

Daniel posó su mano sobre el vientre y se dio unas palmaditas en él.

- ¿Está gorda?
- Más va a estar como no cambie de estado.
- Comprendo. En fin, para eso hay muchos remedios. ¿Ya sabes, no?
- No, no sé. Es la primera vez que me veo en esta situación. Lo que preciso es algo que la ayude sin que ella se entere.
- ¿Por qué?
- ¿Y eso? ¿Qué más da?
- *Noooo*. Ahí estás muy equivocado. Las jóvenes enfadadas hacen cosas muy raras. Raras de verdad. Se vuelven locas. Hablan. Hablan demasiado.

- La mía no. Ella quiere, pero no quiere admitirlo.
- ¿Y tú, cómo estás tan seguro? ¿No lo querrás únicamente tú en vez de ella? Por tu interés particular.

Los ojos de aquel boticario clandestino diseccionaban su interior de un modo tan pulcro que le inquietó. Sería por su experiencia. Su caso, al fin y al cabo, no debía ser tan excepcional como él pensaba. Lo que sucedía era que la *Ley del Silencio*, la única ley respetada en el país, ejercía tal dominio sobre aquel viejo Reino de viejos que no precisaba de policías, ni de magistrados o tribunales para ser acatada por la inmensa mayoría de la población.

- A mí me da lo mismo –respondió Daniel.
- Ya veo.

Calló cosa de un minuto, sin quitarle ojo.

- No me interesa.
- ¿Por qué? Le pagaré bien.
- ¿Sabes cuánto le meten de cárcel a quien os ayuda en ese trabajo? Te lo diré: entre 20 y 30 años. Si matases a tu chica te saldría más rentable en tiempo de condena. Bueno, siempre que no averiguasen que estaba preñada, pero esa ignorancia sería muy improbable. Por su edad le harían una autopsia. Están obsesionados con las chavalas, ya te imaginas por qué. Si fuese una menopáusica les daría lo mismo, porque no pueden pagar tantas autopsias. ¿Estás al corriente de todo esto? Claro que no. Tú qué vas a estar. Primero la embarazas porque eres un pistolero de pistola rápida y gatillo fácil, y ahora molestas a todo el mundo. Y por si fuera poco, por encima quieres engañarla. Eres un auténtico cerdo.
- Escuche. No me ha entendido, o quizás no me he explicado correctamente. ¿Quiere que vuelva con ella? No hay problema. Lo que no queremos es nada sucio. Preferimos pagar más y que todo sea limpio. Eso es. Muy limpio.

El alquimista clandestino sonrió. Era evidente que allí había negocio. Pero además notaba que podía obtener alguna otra satisfacción adicional.

- ¿Tienes por ahí una foto de ella? ¿A que sí? Déjamela ver.
- ¿Para qué?
- Si estás dispuesto a traerla aquí en persona, ¿qué hay de malo en verla antes? Yo elijo a mis clientas. Les doy calidad, no como esas desgraciadas que las estropean para siempre por dentro.

Daniel sacó su dispositivo y le dejó ver algunas fotos. El profesional se hartó de mirar.

- Bonita muchacha. Es una pena.
- ¿Una pena? ¿Qué quiere decir?
- Pensaba en la criaturita. Con lo escasos que andamos de bebés … Con una madre así, seguro que tendríamos un chavalote mofletudo y de rubios mechones rizados. Pobre país.
- ¿Usted tiene hijos?
- ¿Yo? ¿Para qué? Hace falta ser imbécil o un desequilibrado para ser padre. Total, para que luego te digan que no sabes criarlo y que te coloquen a un funcionario de protección de la infancia a acosarte. Tienen tantas esperanzas depositadas en ellos … Como si esto nuestro tuviese remedio.

Le devolvió el dispositivo. Miró al cielo. Después le dijo:

- Te voy a ayudar. En el fondo no lo hago tan sólo por el oro. Esto tiene que acabar de una vez, ¿sabes? Me refiero a esta agonía, a esta tontería. ¿Por qué llegamos aquí? Muy simple: porque nos despreciamos. Si estuviésemos orgullosos de nosotros mismos no seríamos la raza más estéril del planeta. No nos aplicaríamos este punto final. Y ahora queremos salvarnos. A buenas horas …

Daniel suspiró. El asunto que le había llevado a aquella casa se iba reconduciendo y eso era lo realmente importante. Los motivos aducidos por el alquimista-filósofo eran lo de menos. Por ahí también se decía que nuestros problemas habían sido inoculados desde fuera. En eso sí había consenso popular, y hasta él opinaba lo mismo. No podía imaginar a los antepasados congregados en asamblea, al pie de la montaña más alta del país, decidiendo conjurarse para poner fin a su estirpe nacional. Que pensase como quisiese. Eso era irrelevante. Hablaron del precio. Regatearon y Daniel le pagó en oro. Ya buscaría el resto que le faltaba. De donde salió ese supuso que podría salir más. En esta materia era pueril, como todos aquellos que apenas saben de la vida.

El boticario le hizo esperar en la huerta. Las gallinas buscaban algún gusano. Escarbaban la tierra con una pulsión psiquiátrica, si se pudiera afirmar algo así de unas gallinas. Pensó que ellos, los habitantes de Progeria, eran muy parecidos a aquellas gallinas: dando vueltas en un rincón del globo, un rincón quemado por la acidez de las deposiciones y por su propia dejadez.

El boticario-alquimista-filósofo tardó como un cuarto de hora. Regresó con un sobrecito blanco en la mano.

- Aquí tienes. Le echas estos polvos en alguna bebida dulce. Revuélvelos bien. Antes de seis horas le harán efecto. Sentirá como si anduviese de vientre, ya me entiendes. El sangrado será poca cosa, poca cosa. Luego que descanse un par de días y lista.
- ¿Y si algo sale mal?
- Pues me denuncias en la oficina de consumo –hizo una mueca burlona-. No tienes muchas luces, chaval. Pero tranquilo, no va a pasar nada. Por lo que he visto es una muchacha fuerte. Ya probé la misma fórmula con tantas … Y la materia prima que va en el sobre es de sobresaliente. Importada. Aquí los perros están muy encima de ella. Es lo mismo que venden por ahí fuera, en los países normales. Así que tú tranquilo.

Le dio las gracias y se marchó. Su plan iba quemando etapas.

\+ + +

Después de días sin novedades, Carmen comenzaba a estar muy preocupada por la revisión médica. Era el tema del centro. Decían que sería una revisión rutinaria para todas las jóvenes del Servicio, aunque no para ella. Fue entonces cuando se comenzó a obsesionar, angustiada por las señales del paso del tiempo, por su testaruda decisión y por la manía abortista de Daniel.

Pensó que si se presentaba voluntaria para la Sección K podría estar fuera del centro para cuando comenzasen las revisiones. Nadie quería ir a la Sección K. Sólo iban las sancionadas. No era de extrañar. Allí únicamente se veían despojos humanos: demencias seniles, ancianas tullidas, esquizofrénicas, … Se comentaba que las que carecían de familia duraban poco, muy poco, en la Sección K, pero a nadie le interesaba. Allí no incordiaban demasiado a las jóvenes. También decían que era un lugar triste, un lugar para el adiós y la amnesia. Era triste excepto cuando llegaban las elecciones. Entonces las internas votaban. Unos funcionarios llegaban con urnas telemáticas y detrás les seguía la prensa y los medios. Las muchachas tenían que prepararlas adecuadamente: maquillaje, peluquería, analgésicos, … Al margen de esto, los centros de la

Sección K eran el último escalón cara a un reservado monte Taigeto, aquel donde los espartanos se deshacían de sus propios inútiles.

La señora Sanz era comprensiva. No se parecía a las típicas encargadas del SerCivic, famosas por su fanatismo patriótico *–el país agoniza, tenemos que darle sangre nueva*, y todo eso-. Estaba bien abastecida de grasa, suficiente para resistir un duro invierno. Los pómulos llenos de venitas rojizas le daban un aspecto de alegre bebedora, aunque fuese probablemente abstemia a carta cabal. Carmen se lo propuso a media mañana, después de darle vueltas durante horas.

- ¿Y cómo se te dio por eso? La Sección K. ¿No estás contenta con nosotras?
- Claro que estoy contenta, pero necesito un cambio.

La directora la miró con cara de sorpresa. Una chica tan formal …

- ¿Has hablado de esto con tu padre?
- No. No sé por qué tendría que hablarlo con él.
- Mujer, es tu padre.
- Sí, pero yo tengo mi propia vida –respondió enojada, como esas niñitas que juegan a ser ya unas chicas.
- Carmen, Carmencita …Te lo digo por tu bien. Además, seguro que tu padre estará orgulloso de ti. Un hombre de su posición, cómo no va a estarlo.

Aquel matiz final le puso especialmente nerviosa. *Un hombre de su posición*. ¿Qué sabía ella de su padre? De puertas hacia fuera, era un ejemplar Jefe de Servicio del Departamento de Racionalización, es decir, uno de los responsables de ir viendo cómo iba el asunto de la decadencia del país, la relación entre las crecientes necesidades y las menguantes disponibilidades. De puertas hacia adentro, era un hombre melancólico, consumido por la prematura muerte de su esposa y madre de Carmen, azotado por las dudas. De puertas hacia fuera, se supone que debía ser recio como un puntal, optimista cara al futuro, entusiasta, con moral de victoria. Ya en la intimidad del hogar, tan sólo era otro resistente, que además sabía que poco se podía hacer, excepto esperar. Esperar por esperar. Esperar por nada y a nadie.

- Mi padre no tiene nada que ver con esto. Lo quiero dejar al margen. Lo hago por pura convicción … y por patriotismo –añadió con cierto rubor.
- Los hijos sois algo ingratos.
- ¿Lo sabe por propia experiencia?

- Claro. ¿Cómo si no?
- ¿Y también son tan ingratos sus hijos?

La directora se giró para mirar por la ventana y no ver a Carmen.

- Aún son pequeños, pero todo llegará. A mí también me sucedió algo similar. De cualquier modo conviene hablar con tu padre. Es elemental, ¿no crees?
- No.

Querría comentarle cuántas veces había intercedido el padre por su niña, para que su princesa cumpliese reglamentariamente con la patria, pero sin caer víctima de agotamiento a causa de un heroísmo extremo, vamos a llamarlo así. A la postre, aquel establecimiento era uno de los mejores para desperdiciar los tres años de Servicio Cívico ordinario, algo que tanto incomodaba a los jóvenes. Pero no podía comentárselo. Él se lo había advertido: su niña era algo especial. Demasiado orgullosa y sobradamente testaruda.

- ¿Se trata de tu novio?
- ¿Cómo de mi novio?

No se atrevió a negarlo. No lo había comunicado oficialmente y eso era una falta muy grave en el reglamento disciplinario. Por un instante pensó que la pregunta podría tratarse de un ardid, de una emboscada. Pese a todo, no consideraba a la directora como una cínica al uso. Si se lo comentaba era porque ya debía estar al corriente.

- No hay nada de eso. Si lo dice por algo será por habladurías. Aquí hay mucha zorra con una lengua demasiado larga.
- Bien, bien. Será cierto entonces. Si yo tuviese tu edad y además una pareja, un novio digamos, nunca pediría el traslado a la Sección K. ¿Sabes que aquello está plagado de antisociales? Por si fuese poco, lo que allí se ve te va agriando el carácter, te va marchitando. Y eso no le gusta a los novios, créeme.

Carmen tuvo la sensación de que quería hacerle caer en la trampa. Enseguida comprendió que había cometido un error básico, al enfrentar su inexperiencia con la veteranía y empuje de la directora.

- Mi consejo es que te lo pienses. Que te lo pienses muy bien. No hay prisa. ¿Cuánto te queda de Servicio?
- Poco más de dos años.

- Entonces tómate las cosas con calma. Reflexiona y háblalo con tu padre. Yo no te voy a tramitar la solicitud sin hablar antes con él.
- Me parece injusto. Yo quiero irme. Prefiero otro tipo de servicio.
- Mi reina, pero eso se puede arreglar. Hay un montón de alternativas en vez de la Sección K. Cierto que tienen más demanda y que los cambios tardan más tiempo en ser autorizados. Ya sabes: demasiada demanda y escasez de plazas idóneas.
- ¿Cuánto tiempo?
- Entre tres y seis meses. Cuatro con suerte. En tu caso supongo que incluso algo menos.

Demasiado tarde.

- No podré soportar esperar tanto tiempo.

Mientras pronunciaba estas palabras se percató de que habría sido preferible tragarse la lengua y con ella esa última muestra de temor. Tuvo la sensación de que la directora enfocaba la vista sobre su vientre. Su reacción fue colocar ambas manos dobladas sobre él.

- Carmen, ¿a ti te pasa algo?
- A todo el mundo le pasa algo.
- No juegues conmigo. Ya sabes a qué me refiero.
- No. No lo sé.

Los ojos de la directora la atravesaban sin piedad. La muchacha se sentía violentada.

- ¿Estás encinta?
- ¿Quién? ¿Yo? De eso nada.

Se dio cuenta de que esa negación era poco convincente, y que no era capaz de mirar a los ojos de la directora Sanz.

- ¿Lo sabe tu padre?
- Mi padre no tiene nada que saber porque nada hay que saber –subrayó *na-da*-. No sé porque le da tantas vueltas a mi solicitud. No hay ningún misterio. Lo que sucede es que me llevo muy mal con varias compañeras. No las soporto.
- ¿Se meten contigo?
- Sí.
- ¿Por qué?
- No lo sé.

- Será por envidia.
- ¿Envidia de qué?
- De ser hija de quien eres.
- Tal vez.
- Entonces me tienes que dar sus nombres.
- Lo siento. No lo voy a hacer. No soy una chivata. Prefiero irme yo.

La directora tragó el anzuelo. Dejó de fijar la mirada sobre el vientre de Carmen y lo hacía sobre su angelical cara. Debía pensar que era una joven modélica, tan sufrida, …

- Está bien. Únicamente te ruego una cosa. Habla hoy con tu padre. Si recibo una llamada suya, mañana mismo tramito el cambio. ¿Estás de acuerdo?

No le quedaba otro remedio. Contesto que sí.

\+ + +

Daniel cumplió con la rutina de su turno. En el centro se hablaba ya abiertamente de que iban a aprobar un decreto-ley urgente. El Parlamento-Senilatus continuaba cercado. Eran decenas de miles de ancianos totalmente desesperados. La PolCiv había detenido a otros siete jóvenes intentando huir el mismo día. ¿Casualidad? En las pantallas de propaganda oficial y en los *media* se les mostraba como individuos ingratos y criminales. *Escoria*, gritaban. Los mensajes gubernamentales eran contundentes. La masa exigía castigos ejemplares y acusaba al Gobierno de ser demasiado blando y complaciente, de mimarlos y acariciarlos. Pero todo esto ya no le sublevaba. Era lo que le había comprado al boticario-alquimista lo que le quemaba en el bolsillo tras demasiados días de dudas.

Lo había intentado, pero no fue capaz de hacerlo. Pero esa noche algo había mudado. Había disturbios. La agitación crecía. El Gobierno parecía en desbandada. Diversos grupos de manifestantes prendieron fuego a varios centros del SerCivic, entre ellos el local cercano a la catedral, donde se servían comidas

por turnos. Carmen y Daniel decidieron exiliarse por unas horas. Él le preparó la cena. Al finalizar, Carmen le dijo:

- ¿Quieres tocarlo?

Le pareció cruel. No había más remedio. Por un instante dudó si intentar razonar con ella por última vez, pero no valía la pena. Se decidió. Las sirenas de los furgones de la PolCiv se oían demasiado cerca. Fue a la cocina y preparó el compuesto, tal como le explicó días atrás el boticario y traficante. Lo mezcló con su bebida, una infusión endulzada con miel. Mientras ella acercaba la taza a la boca se fijó en sus labios. No quería besarlos. Esa noche no.

Se acostaron. Olió su caballo, con el aroma de la hierba fresca. Tenía remordimientos, pero había que hacerlo. Había que hacerlo.

- Cógeme los pechos. Hoy me duelen algo.

Así durmieron, abrazados ambos, hasta que ya entrada la noche le despertó el ruido que ella hacía en el baño. Fue hasta allí y la vio arrodilla ante el inodoro.

- ¿Te encuentras bien?
- Sí. Sólo he vomitado. Parece que esto va a más. *Buff*. No sé cuánto tiempo aguantaré sin que se sepa. Creo que apreté demasiado la barriga con la faja que uso para disimular.

Daniel la abrazó nuevamente con ternura. Estaría a punto de suceder. Ya había transcurrido el tiempo que le había dicho el traficante. Tal vez el vómito fuese la primera señal del desenlace. Pronto se verían los resultados.

- Ven a acostarte. Te vas a enfriar.

Pasaron más horas. Ella solamente le pidió que le diese calor porque tenía escalofríos. Pronto se durmió profundamente. Entonces él le palpó el vientre. A ella debió gustarle, aunque desconocía la oscura intención de su amado. En toda pareja tiene que anidar al menos un secreto individual, y en ese secreto late la simiente del propio fin de la pareja. Daniel no dormía. Aguardaba. Aguardaba, pero nada acontecía. El sueño se apoderó de él. Cuando al fin vio la primera luz del día comenzó a inquietarse por si algo había salido mal.

- Dios mío. ¿Qué he hecho? –pensó.

La fatiga pudo con él y con sus remordimientos. Fue ella quien lo tuvo que despertar definitivamente.

- Venga, perezoso. Arriba. Ya te he preparado el desayuno. Vas a llegar tarde. He visto en el cuadro de la nevera que hoy tienes reunión de adoctrinamiento.

Daniel la miró aún legañoso y no sabía si alegrarse.

- ¿Te encuentras bien?
- Estupendamente. Tenía un hambre … Me voy a poner como una vaca. No sé si me seguirás queriendo así de vacuna.

Todo continuaba igual. Las calles apestaban a humo. Él obsesionado con huir. Ella obsesionada con alumbrar al niño para complicarse la vida. El niño creciendo en el seno de su madre. El maldito traficante le había engañado, pero no podía reclamar ni protestar. Todo se derrumbaba.

\+ + +

Pasó el tiempo. El coyote no daba señales. Carmen ya estaba en la Sección K. El embarazo seguía adelante, aparentemente sin problemas. Hubo una novedad: el Gobierno había caído. La presión de la masa mayoritaria del declinante pueblo había dado resultado. A la Presidenta Ileana del Pino le sucedió un Gobierno de concentración, dirigido por la diputada de mayor edad, Jennifer Pozas. En el Reino del *tempo* geológico, donde los cambios remoloneaban, ahora el reloj se aceleraba aunque sin sentido. Ya no quedaban fuerzas ni energías nuevas. Las bocas desdentadas de la inmensa mayoría de la ciudadanía hicieron callar a las que todavía conservaban todas sus piezas naturales.

Daniel había pasado en un par de ocasiones por junto la casa del proveedor de abortivos. Esperaba a que saliese para abordarlo en la calle. No sabía qué quería, si vengarse, reclamarle una segunda oportunidad o que simplemente le devolviese lo que le había pagado. Por otro lado, sentía que había otras urgencias, como buscar más oro para reponer lo gastado y completar el que precisaría para cumplir con el coyote.

El Gobierno de concentración estaba poniendo las cosas más difíciles. Como siempre en circunstancias de incertidumbre, los rumores se disparaban. Se decía que iban a extender el tiempo de Servicio Cívico hasta los cinco años,

reducibles por tener algún hijo. Aquello le parecía especialmente cruel e indecente. No podía ser. No podía, hasta que escuchó la alocución de la nueva Presidenta, en la que rogaba sacrificios adicionales *por el bien del país*:

"*Hoy, más que nunca, tenemos que permanecer unidos. Tenemos que hacer lo que nuestros predecesores no hicieron. No podemos continuar así, con cuatro fallecidos por cada nacido, y con un único hijo por cada dos ciudadanos en edad de procrear. Pero mientras no superemos este círculo que nos estrangula* …".

¿Acaso fueron ellos, los jóvenes de su generación, los que instauraron la costumbre del hijo único? ¿Fueron ellos quienes hicieron realidad la fatídica fórmula por la que por cada dos ciudadanos era consuetudinario tener un solitario descendiente? No. Ellos no promulgaron esa costumbre, resumida en la letal fórmula $c + c = c$. Pero ahora eran rehenes de la desidia pasada. Ellos eran ya los condenados, responsables de lo que no se había hecho durante un siglo, antes de haber nacido. Daniel no lo asumía, como tampoco lo asumía la mayoría de la minoritaria y menguante casta de los jóvenes. Le dolía contemplar las sonrisas de satisfacción en los rostros curtidos por los años al levantar sus acampadas alrededor del Senilatus, aunque no tenía a quién culpar. Allí todo funcionaba de esta manera.

Con todo, lo peor estaba por llegar. Carmen ya no podía ocultar su embarazo. Con las nuevas normas se podrían beneficiar entonces de una reducción en el alargado servicio. Ella le preguntó si quería que lo identificase como progenitor, pero él se negó. No aceptaba ningún tipo de argumento a favor de registrarse como padre. Carmen lo comprendió. No comprendía sin embargo los profundos cambios de humor de Daniel. Él no era capaz de explicárselos. El secreto era tan lacerante que jamás debía ser revelado. ¿Cómo explicarle que le había dado a beber un abortivo y que ahora temía que pudiese haber afectado a la salud del feto? ¡Un niño tullido o retrasado! ¿Cómo contarle que necesitaba más ayuda económica de su familia para dejarla y huir del país para siempre? Por mucho que disimulase, ya nada era igual, y todo esto ascendía como la bilis por la garganta de un Daniel deshecho en su interior.

A Carmen le seguía pareciendo bien que el fuese por delante. Ya estaba decidido. Si no lo identificada como progenitor de la criatura tampoco creía que tuviese otras consecuencias para ella. Nunca contó con la maldad de terceros, que informasen al SerCivic de que Daniel había sido algo más que un simple conocido, sin siquiera llegar al grado de amigo. Pero eso era sólo un futurible

que ni siquiera entraba en su imaginación. De ahí que Carmen se aplicase a pedir el oro restante, indispensable para ayudar a su amado y padre de su hijo, y que no le pareciesen extrañas las preguntas y comentarios de su propio padre. Su padre, tan comprensivo como probo funcionario, acabado de ascender con el nuevo Gobierno, nadando entre dos aguas, la pública y la doméstica. Con dos rostros, como el dios Jano, que abre y cierra puertas, que fija el final de cada año para marcar el inicio de otro nuevo en cada enero. Su padre, que trepaba por la cucaña administrativa, llamado aun a ocupar más altos destinos y más bajas miserias. La felicidad de Carmen y la frustración de Daniel eran también el reflejo de esa enferma bipolaridad.

Fue todo uno, reunir el oro necesario y que volviese a telefonearle el coyote. ¿Otra casualidad? Todavía desconocía su identidad. Sus indagaciones habían sido en vano. Tampoco sabía si había sido por su impericia o porque los coyotes proliferaban tanto que era muy difícil seguir su rastro e identificarlos. El crecimiento de la demanda por escapar de Progeria quedaba patente en el número de detenciones, cada vez más difundidas por el aparato de propaganda del Gobierno. Pero en el combate entre la resignación y la esperanza, los jóvenes siempre deben optar por esta última. Si no lo hiciesen, envejecerían de súbito.

Lo citó, recurriendo de nuevo a otra nota bajo un banco de la catedral. Fue la víspera del derrumbe parcial de otra torre. El derrumbe coincidió con su última entrevista nocturna, bajo los contrafuertes de una iglesia casi tan antigua como la catedral, pero que resistía mejor al azote del tiempo y a la indolencia del viejo pueblo del viejo Reino de Progeria, que ya ni se ocupaba de ella.

El día convenido hizo por llegar muy temprano a la cita definitiva. La iglesia se mantenía en pie tras cerca de diez siglos. La piedra, lavada por casi mil otoños e inviernos, parecía la piel de un delfín varado en una playa batida por las galernas.

Efectivamente llegó muy temprano para sorprender al coyote y así saber algo más de él. ¿Vendría acompañado? ¿En qué vehículo? ¿Por qué camino? Desconfiaba con razón, por lo acontecido previamente con él. Dio una vuelta hurgando en la oscuridad, únicamente rota por una luna creciente. Caminó bajo los arbotantes del templo, que habían impedido que éste se abriese, como quien abre una nuez estallada. Sí, él resistía, románico como era y llevando años cerrado. Sólo recordaba haber entrado en ese templo siendo un niño. Todavía vivían sus padres. Les habían invitado a presenciar un exótico rito, que consistía

en verter agua sobre la cabeza de un bebé. Durante aquella ceremonia, Daniel reparó en las inclinadas columnas de la iglesia.

Recorrió varias veces el suelo empedrado que precedía al templo, pegado a los muros pétreos que delimitaban su señorío. El momento de la verdad se aproximaba. El coyote sería puntual. La previsión debía formar parte de su oficio. Así que Daniel decidió salir del recinto y aguardar escondido tras la otra acera de la carretera, aprovechando un desnivel del terreno.

Apostado de esa forma, pudo comprobar cómo se aproximaban dos hombres, uno uniformado y otro de civil. Por las dimensiones y maneras del uniformado juraría que se trataba de su coyote, el mismo con el que se había encontrado en aquel garaje nauseabundo. El civil también le resultaba familiar por sus andares. Vestía todo de negro, guantes incluidos. Tapaba su cabeza con una gorra bien calada del mismo color y gran parte de la cara con el cuello subido de su abrigo, más una bufanda por encima. De esta guisa poco podía adivinar. Hablaban tan por lo bajo que tampoco podía delatarles el timbre de sus voces.

Al llegar a la altura de la entrada del campo que presidía la iglesia, ambos hombres se separaron. El civil se introdujo en una especie de capillita abandonada a la izquierda, tan reducida que casi parecía una garita, mal cerrada con unos barrotes de hierro totalmente oxidados. El uniformado seguía con sigilo hacia el templo, ahora enfundado en un pasamontañas, seguro de encontrarse sin testigos, porque aún restaban unos minutos hasta la hora convenida para el encuentro.

Daniel temió que aquello fuese una celada, pero más temía al seguro porvenir que habían diseñada para y por él. Entre la certeza y el riesgo, optó por el riesgo. Cuando nada hay que perder, hasta la épica de la derrota es preferible a la mísera subsistencia.

Durante los minutos en que Daniel se mantuvo observando desde su posición, a la espera de la hora acordada, muchos y dolorosos recuerdos le hirieron. Su prematura orfandad, luego del fatal accidente de sus padres. El acogimiento en la residencia del SerCivic, por carecer de toda familia, siendo como era hijo y nieto único, igual que lo habían sido su madre y su padre. La tremenda soledad de los veranos. El dolor del adoctrinamiento para convertirse en fuerte eslabón de una presunta cadena vital colectiva, que se remontaba más de dos milenios atrás, eso le decían. Sus primeros actos de rebeldía e ira. La liberación, con el abandono de la fétida residencia al alcanzar su mayoría de

edad. Buscarse la vida, adaptándose al deprimente entorno. Los sueños de libertad. Conocer a Carmen. Carmen, Carmen, Carmen. Su eje y estrella polar.

Había que decidir y decidió. Echó a andar. Cruzó la carretera. Pasó por delante de la guarida del segundo hombre. Notó como éste se pegaba contra la esquina más oscura de su cubil. Oyó su respiración, de híbrido entre zorra y lobo. Estuvo tentado a encararse con él. Ojalá lo hubiese hecho, pero continuó adelante. No veía al coyote, que debía rondar por allí. Estaría parapetado tras alguno de los arbotantes. Sin embargo, no se encontraba tras ninguno de ellos. Se le apareció por otro lado, saliendo desde la zona anexa a la iglesia, donde había existido un pequeño parque infantil, ahora convertido en basurero. Venía con su pasamontañas y guantes de cuero.

Le saludó con sequedad. El coyote fue al grano.

- Ya tengo todo preparado. Aquí tienes un mapa y las indicaciones. Verás marcada una zona de sombra en la costa. Allí interferiré la señal de vigilancia y embarcarás. Apréndetelo todo y quémalo –le dijo mientras le pasaba un sobre cerrado-. ¿Va a venir tu chica?
- No. Iré yo solo.
- Cambias mucho de opinión. Bueno, no es de mi incumbencia. Vas a dejar aquí un chavalín muy guapo. Mejor, le hará compañía. Ahora vamos a hacer la cuenta, que es lo que importa.

Daniel lo miró fijamente. El coyote arqueaba sus piernas con chulería. Daniel no llevaba oro consigo. Lo había decidido con sus motivos.

- Escuche. Cuando esté fuera llamaré a un amigo y esperaremos a que alguno de sus socios vaya junto a él. ¿Usted tendrá socios, verdad? Nadie puede hacer solo lo que usted hace. Únicamente entonces él le hará entrega del resto. Como yo estaré embarcado con usted o con otro de sus socios, yo mismo seré el aval del pago. Al llegar a lugar seguro, lo suficientemente lejos para evitar una traición o un disparo mortal, y lo suficientemente cerca para que aún le sirva como aval, él hará efectivo el pago. Es de justicia, ¿no cree?

El coyote respiró profundamente. La cólera invadía su cuerpo.

- Mira, muñeco. Aquí se juega con mis reglas o no se juega.
- Entonces no hay juego. Ya encontraré otro jugador.

El uniformado se abalanzó sobre él. Era fuerte como un toro. Le dio dos puñetazos que resonaron en el vacío de la noche.

- Tanto da. Te vas a enterar.

Pulso la alarma que llevaba en un bolsillo de su guerrera. En ese preciso instante Daniel supo que ya estaba condenado. Apostó y perdió. Luego desenfundó un arma oculta en su espalda, mientras la reglamentaria permanecía en su pistolera de cuero marrón y le espetó:

- Vete por donde has venido si no quieres morir aquí. No te quiero volver a ver. Es cierto: eres un mierda.

¿Cierto que era un mierda? ¿Quién le había dicho eso al coyote? Daniel giró la cabeza. El hombre de negro huía corriendo de su cubil, aunque se detuvo en el medio de la entrada al campo de la iglesia. Su enlutada silueta estaba allí. Se despidió con un gesto de adiós. El coyote también levantó la mano que tenía libre y respondió con otro gesto de adiós. Era la señal. Luego desapareció.

Intentó negociar con el coyote, pero fue inútil. Regresó sobre sus pasos, como él le ordenó. Se consolaba pensando en que tal vez habría otra oportunidad, aunque sabía que era falso. Sólo cuando abandonó el recinto de la iglesia comprobó que el riesgo había mutado en fatídica certeza. Varios agentes de la PolCiv le dieron el alto. Echó a correr, pero uno de sus perros le mordió una pierna. La dentellada le dolió, aunque más dolor sintió cuando le batieron la cara contra el muro de piedra. Sangraba por los labios, las encías y la nariz. Lo tumbaron boca abajo y le ataron las manos con una brida de plástico que le cortaba la piel. Lo registraron y hallaron el sobre. Allí estaba la prueba de cargo. Allí estaba su sentencia condenatoria.

El coyote se había escabullido. Tampoco le iba a ayudar a salir de aquel pozo legal en el que había caído. Quizás fuese él mismo, el incauto Daniel, quien había dejado involuntarias huellas de su intención de huir. Lloraba. Lloraba desconsolado como un crío, sentado en el furgón de la PolCiv. Los uniformados se burlaban a carcajadas, comentando la bonificación que les reportaría haber dado caza a otro conejito que quería escapar de la devastada tierra, otrora fértil. Miró por el ventanuco. Sus lágrimas eran espesas, como las gotas que comenzaban a correr por el cristal lleno de vaho. Las desnudas y solitarias calles se encogían. Todo cuanto se podía ver era inanimado hasta que, llegando a la altura de una de las puertas de acceso a la vieja ciudad amurallada, vio cruzar a un hombre que le pareció el padre de Carmen. Iba vestido de negro, gorra negra incluida, pero sin guantes. En la fracción de segundo en que convergieron sus pupilas, Daniel vislumbró como la coincidencia era engullida por el egoísmo.

Limpió el cristal con su pelo. Ya sólo lo veía de espalda, pero del bolsillo del abrigo sobresalían unos dedos de cuero.

FIN

(CONTRAPORTADA)

Progeria, hacia el último tercio del siglo XXI. La Tierra más envejecida de Europa, merced a su récord de infecundidad desde finales del siglo precedente. Un Pueblo senil, donde mueren cuatro veces más ciudadanos que los que nacen en su lugar. Donde los jóvenes son el bien más preciado. Por eso deben permanecer allí, hasta que salden sus hipotéticas deudas con la comunidad, a causa de unas leyes impuestas por la gerontocracia que domina su Parlamento o *Senilatus*.

La *PolCiv* controla los movimientos de los jóvenes para impedir sus huidas. Ellos se consideran bueyes de carga de una comunidad camino al colapso social y económico, sin futuro. Pero en medio de este panorama, donde ya casi nadie tiene hermanos y se desconoce qué es la fraternidad, todavía quedan pequeños espacios para el amor y la esperanza, espacios para regenerar Progeria.

La presidenta –Jennifer Pozas- impulsa medidas draconianas. Los huidos son juzgados como desertores y castigados a prestar *Servicio Cívico* en la *tierra del jabalí*, a no ser que tengan un hijo para redimirse. Todos se preguntan por qué nadie hizo nada cuando aún tenía sentido hacerlo y así evitar esta trágica situación. Una nación sin nacimientos, una patria sin padres, hizo que el viejo Reino, ya saturado de viejos, hasta mudase de nombre entre la gente joven: *Progeria*.